

PASTORES RECARGADOS



OSVALDO REBOLLEDA

PASTORES RECARGADOS



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La preparación y los líderes.....	10
Capítulo dos:	
El llamado divino, cargas y recargas.....	28
Capítulo tres:	
Las primeras experiencias.....	45
Capítulo cuatro:	
Las presiones familiares y el orden de Dios.....	59
Capítulo cinco:	
Mi papá no trabaja, mi papá es pastor.....	76
Capítulo seis:	
El síndrome del Súper pastor.....	92

Capítulo siete:

Recargados inútilmente.....108

Reconocimientos.....128

Sobre el autor.....130



INTRODUCCIÓN

*“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados,
Y yo os haré descansar”.*
Mateo 11:28

Después de muchos años de ministerio, y consolidado hoy, como pastor de varias familias pastorales, he asumido con gran placer, la elevada responsabilidad de escribir este libro exclusivamente para pastores y líderes cristianos.

Yo estoy realizando, no solo el trabajo magisterial en distintas naciones, procurando el perfeccionamiento de los santos, sino que también, estoy abocado a la tarea apostólica de dar asistencia a mis amados hermanos y consiervos.

En este noble privilegio de servir al Señor, he tenido que enfrentar, uno de los problemas más grandes que acecha la vida ministerial, y es nada más y nada menos que la sobrecarga laboral, causada principalmente por asumir demasiadas asignaciones, que en muchos casos son indebidas. Me refiero a aquellas cosas que ni Dios ha determinado que debemos realizar, pero por causa de diversos motivos terminamos asumiendo.

Esto lo he padecido de manera personal, lo he tenido que detectar, enfrentar y resolver, en batallas internas ciertamente nada sencillas. Con algunas experiencias en mi

haber, he podido ayudar a varios pastores en este asunto. Hoy creo tener algunas herramientas útiles y necesarias para compartir este libro, que estoy seguro, será de gran bendición para muchos.

Aunque la gente tenga otras ideas, los pastores inevitablemente sufrimos problemas personales como cualquier hermano. Problemas de salud, problemas económicos, matrimoniales, familiares, o incluso morales, y ciertamente todos son trascendentes y en muchos casos absolutamente destructivos. Cada caso puede ser muy diferente y personal. Yo no pretendo abarcar todos los aspectos, ni dar respuesta de todo, simplemente en este libro, procuro presentar algunos patrones de conflictos que se reiteran en la vida de los pastores y sus familias.

La suma de los conflictos, las situaciones adversas y la acumulación de tareas, producen una condición de sobrecarga y estrés en los pastores. Podemos decir que un pastor está recargado cuando en determinado tiempo, pierde la motivación, la esperanza, la energía, el gozo y la unción necesaria para realizar su trabajo de manera efectiva. Generalmente estos estados no se producen de forma aislada. Cuando hay procesos personales y recarga de actividades, estas se conectan y se superponen entre sí, generando un quebrantamiento físico y emocional, muy difícil de superar.

Además, estos síntomas se centran en la obra del ministerio mismo. Esto distingue la recarga laboral de los servidores de Dios, de otro tipo de profesiones, porque

nosotros debemos trabajar desde la unción, y cuando eso falla, quedamos operando con nuestras propias fuerzas, lo cual nos lleva a un inevitable colapso integral.

Los pastores podemos experimentar pérdida de motivación, esperanza, energía y alegría, por varias razones diferentes, incluso por la pasividad o la pereza, pero yo deseo enfocarme principalmente en aquellos que sufren por la saturación producida por las hostilidades espirituales y la sobrecarga de actividades.

La energía se relaciona con la fuerza corporal para el ministerio. Pablo les dice a los Tesalonicenses: ***“Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios”*** (1 Tesalonicenses 2: 9). Aunque cansado, Pablo tenía energía para el trabajo, y yo creo que los pastores debemos ser muy trabajadores, pero también creo que debemos hacerlo asumiendo las asignaciones correctas. No desgastándonos inútilmente en tareas que no debemos realizar.

Por supuesto, Jesús es nuestro máximo ejemplo en esto, porque ciertamente trabajó mucho, y tal vez pasó algunas noches sin dormir, pero siempre se encontró con las fuerzas necesarias para realizar diariamente Su tarea, porque no hizo todo lo que la gente le demandó, sino aquello que el Padre había determinado que hiciera.

Cuando el deleite en el ministerio se desvanece, cuando predicar, orar, o simplemente adorar, se ha convertido en algo carente de disfrute, entonces podríamos estar experimentando un agotamiento espiritual. Cuando las cargas del ministerio se sienten tan abrumadoras que le pedimos al Señor permiso para abandonar, es porque estamos en una profunda crisis que debemos resolver.

Pastores ¿Se sorprenden regularmente sin deseos de atender a los hermanos? ¿Les cuesta mucho encontrar un tema para compartir en las enseñanzas? ¿Se deben esforzar mucho para orar personalmente? ¿Sienten que toman la Biblia para preparar mensajes, pero no para disfrute personal? ¿Sienten que leen los mismos versículos una y otra vez sin poder extraer riquezas más profundas, tal como solían hacerlo antes? ¿Sienten que la rutina los tiene atrapados, sin encontrar salida? ¿Sienten que no pueden fluir en la unción, sino que todo lo hacen con sus fuerzas? Bueno, si algo así les pasa, no es el resultado de la casualidad, sino que pueden estar sufriendo los embates de la sobrecarga ministerial.

Si es así, estoy seguro que este libro, les ayudará a encontrar un equilibrio espiritual, y les otorgará una visión diferente respecto de las tareas que creemos debemos realizar. Discernir y definir sabiamente el agotamiento pastoral es crítico para encontrar el camino sabio para salir adelante. Aunque este libro, no les pueda proporcionar descanso, estoy seguro que les ayudará a enfocar y ordenar correctamente las verdaderas responsabilidades que debemos asumir.

Si el Señor puso en mi corazón el escribir este libro, y luego lo puso ante ustedes, yo les aconsejo, dedicarle el tiempo necesario para la lectura, ya que tal vez esta inversión, sirva para corregir y administrar sabiamente el resto de nuestro tiempo y potencial.

***“Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas;
levantarán alas como las águilas; correrán, y no se
cansarán; caminarán, y no se fatigarán”***

Isaías 40:31



Capítulo uno

LA PREPARACIÓN Y LOS LÍDERES

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad”.

2 Timoteo 2:15

Cuando recibimos la gracia de la salvación, comenzamos a congregarnos en algún lugar. Generalmente somos invitados por quién nos predicó, algún pariente o algún amigo cristiano, que feliz de nuestra apertura, nos invita a su congregación.

Ellos pueden estar felices que aceptemos asistir, y seguramente piensan que esa congregación es buena y que tienen la doctrina correcta, porque eso es lo que han recibido y posiblemente lo único que conocen.

En la mayoría de los casos esto es cierto, pero también es cierto que toda denominación tiene su estructura, y en mayor o menor grado, una cuota de religiosidad. Todos

tienen su línea teológica, en algunos casos muy sana, y en otros, una teología cargada de conceptos erróneos.

Ciertamente desearía que esto no fuera así, pero llevo muchos años recorriendo congregaciones, y conozco un montón de pastores y lugares, completamente cerrados en sus ideas, con un elevado grado de orgullo, porque no están dispuestos a escuchar nada diferente, o participar de sanos debates que nos permitan alinearnos correctamente a una certera interpretación del evangelio.

El orgullo religioso es muy fuerte, y cada uno defiende su doctrina, tal como si fuera la única acertada. No se atreven a poner en tela de juicio absolutamente nada de lo que han aprendido, y le disparan despiadadas críticas a todo lo diferente. Lo lamentable de todo eso, es que no asumimos que no deberían existir tantas líneas doctrinales diferentes, porque Dios es uno solo, y Su Palabra también.

Ante tantas diferencias existentes, deberíamos asumir sin temor a equivocarnos, que un gran porcentaje de las congregaciones actuales, tienen errores en sus doctrinas. No me refiero a las doctrinas fundamentales. Si esto fuera así, estaríamos hablando de falsas doctrinas o directamente de sectas. Me refiero a diferencias en las doctrinas periféricas, que por supuesto, en cierta medida, también provocan problemas.

El apóstol Pablo dijo: *“Hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo les ruego que todos estén siempre*

de acuerdo y que no haya divisiones entre ustedes. Vivan en armonía, pensando y sintiendo de la misma manera” (1 Corintios 1:10 DHH). Esto es tan viejo como la Iglesia misma. Siempre han existido diferencias doctrinales, que no hacen más que separarnos impidiendo que manifestemos la plenitud de la vida que hemos recibido en Cristo.

¿Por qué es importante comprender esto? Porque generalmente creemos que la formación que recibimos de primera mano, es absolutamente correcta. Lo que no comprendemos es que si nos formaron mal, y con el tiempo recibimos un llamado ministerial, transmitiremos lo mismo que nos enseñaron, y es de vital importancia que siempre mantengamos una humilde apertura espiritual, para que el Señor nos conduzca por el camino de Su verdad.

En el primer siglo, la Iglesia enfrentó el problema de los judaizantes. Incluso el mismo apóstol Pedro, fue resistido por Pablo porque con sus actitudes y erradas enseñanzas, estaba llevando a los gentiles a judaizar (**Gálatas 2:11 al 14**). No olvidemos que en los primeros tiempos de la Iglesia, no había un Nuevo Testamento escrito, ni había una claridad de lo que estaba ocurriendo.

Las personas simplemente se convertían al Señor, y llenos del Espíritu Santo, comenzaban a manifestar con gozo lo que habían recibido. Muchos eran judíos, que llegaban cargados con un gran bagaje de religión apegada a la Ley, y fuertes tradiciones. Muchos otros, eran gentiles que venían del paganismo. Es lógico que todos y cada uno de ellos,

llegaran con sus propias ideas y costumbres diferentes. Ciertamente Dios tuvo que trabajar en eso duramente.

Sin embargo, es claro que la vida, fue más fuerte que las ideas y las costumbres. Cuando se predica el evangelio a través de la cruz, todo lo que no proviene del Reino, terminará muriendo. Yo creo que el gran problema de tener tantas diferencias y confusiones doctrinales, se debe a la falta de cruz en la recepción del mensaje. Sin cruz no hay revelación, solo hay argumentos y fortalezas.

Es decir, hablo de la cruz como punto de partida, para la impartición de la verdadera vida de resurrección. No hablo de la cruz para la resignada aceptación de una doctrina. Hay quienes predicán la cruz, pero solo lo hacen para imponer sus ideas, por sobre cualquier otro pensamiento, y eso no solo es peligroso, sino que puede ser absolutamente perverso.

Necesitamos el mensaje de la cruz, para que la gente aprenda a pensar con la mente de Cristo, no para desactivarles el cerebro, obligándolos a aceptar cualquier idea en absoluta obediencia. Debemos enseñar a pensar con sabiduría, no a programar el cerebro con determinadas doctrinas. La Iglesia funciona por revelación, no por imposición. Si la gente no aprende a pensar, solo serán como estúpidas ovejas que siguen el rebaño sin saber a dónde van, y ese no es el diseño del Reino.

Yo creo que muchos pastores y líderes, creen que le hacen un favor a la gente imponiendo sus creencias, pero no

es así como debemos exponer el evangelio. Entiendo que en ellos no hay maldad, creo que de la misma forma en la que recibieron las enseñanzas, las imparten a otros, porque en realidad, ni ellos se atreven a pensar fuera de las estructuras que una vez, también les fueron impuestas.

Yo tuve un encuentro con el Señor estando solo en mi negocio. No deseo contar mi testimonio ahora, porque no creo que ciertos detalles contribuyan en esta enseñanza, pero sí deseo dejar en claro, que recibí la vida, antes que una invitación a un culto. Ese inolvidable día, en el cual recibí la vida del Espíritu y fui liberado, no tenía ninguna idea bíblica, solo creí en Dios y por Su gracia, mis ojos se abrieron.

Un par de semanas después, y por causa de lo que había recibido, acepté comenzar a congregarme. Lo hice en la iglesia a la cual asistía mi familia, que era una filial de la Asociación Asamblea de Dios. Fui a ese lugar, pero no puedo desconocer, que si mi familia se hubiese estado congregando en otra denominación, ahí hubiera ido en primera instancia.

Me establecí en ese lugar, conocí a hermosas personas, y a corazón abierto, comencé a recibir, tal como si fuera una esponja, todas y cada una de las enseñanzas que se daban. En ningún momento dudé de nada de lo recibido. Di por sentado que todo lo que me enseñaban era absolutamente correcto, sobre todo, porque en las reuniones podía sentir la presencia del Señor y vivir hermosas experiencias. Eso sin dudas, nos predispone para todo lo demás.

Hoy puedo decir, después de muchos años de estudio, que la Asociación Asamblea de Dios, tal como muchas otras denominaciones, tiene una doctrina fundamental bastante sana, pero de la misma forma, también contiene errores en las doctrinas periféricas y las tradiciones que por cierto, no hemos terminado de desterrar. Es decir pastor amado, que no importa cuán buena haya sido la institución que nos formó, debemos conservar la sana certeza de que no absolutamente todo ha sido correcto, porque si creemos eso, no cambiaremos ni aunque sea el mismo Señor el que lo esté demandando.

No creo que nadie pueda objetar lo que expreso, ni siquiera los pastores de la Asociación Asamblea de Dios, porque gracias a Dios, la institución ha mudado sus formas y ha cambiado conceptos año tras año tratando de renovarse. Entraron poco a poco los conceptos apostólicos y proféticos, y aun hoy en día, están en un claro proceso de cambios. Es decir, si han cambiado, tal como muchas otras instituciones, es porque hay un reconocimiento de que muchas cosas estaban mal y era necesario reemplazarlas.

Cambiar doctrinas periféricas, implica identificar, reconocer y abolir paradigmas que Dios no levantó, cosas que tal vez, han permanecido por una teología equivocada, o incluso por simple tradición humana. Es recibir y establecer nuevos conceptos de parte de Dios, por causa de comprender mejor sus diseños y tener la humildad suficiente para aceptarlos.

Por ejemplo, hace algunas décadas atrás, las mujeres debían utilizar faldas, no podían utilizar ninguna bijouterie, ni darse un toque cosmético, ni cortarse el cabello, ni teñirse de ningún color para tapar sus canas. No debían arreglarse, ni tomar decisiones, ni participar en las actividades ministeriales. Los hombres debían predicar con traje y corbata, no podían utilizar patillas, ni barba candado, ni pelo largo, ni tener ningún tipo de tatuajes, etc.

Nadie podía servir a Dios si venía de algún divorcio, nadie podía volver a casarse y procurar un ministerio. Los niños no podían jugar al fútbol, ni a las figuritas, ni divertirse como niños normales, solo debían permanecer callados y quietos en las reuniones. Los jóvenes eran incentivados a servir a Dios, pero no impulsados a estudiar en las universidades. Había un gran temor de que fueran desviados de la fe, por causa de las extrañas filosofías humanistas.

No se los dejaba juntar con los mundanos, no debían participar de deportes, ni ser policías, soldados, abogados, jueces, ni meterse en la política. La mayoría de las profesiones y actividades eran cosas del mundo. Incluso procurar el progreso económico podía verse como algo pecaminoso. Servir a Dios, era estar trabajando en la congregación activando en algún área determinada.

Dentro de las actividades de culto, había toda clase de costumbres que poco a poco se fueron desterrando. La formalidad, la música y los mensajes, tenían sus características, y todo eso hoy en día es absolutamente

diferente. Todo lo que enumero, que por cierto, solo es apenas una pequeña reseña de lo que se hacía, gracias a Dios ha cambiado, con lo cual deseo demostrar que había algunas cosas que estaban mal.

Es muy curioso que congregaciones que antes vivían bajo estas normas, ahora piensen y actúan totalmente diferente, y sin embargo, ninguno de los líderes todos los males que produjeron ciertas enseñanzas. Es decir, se cambió y punto. Nadie dice: ¡Perdón enseñé mal, impuse cosas que estaban equivocadas! Yo no estoy echando culpas, ni tratando de identificar a los culpables de los errores, solo estoy exponiendo que al final, todos somos víctimas de un sistema que hay que rever.

El sistema institucional y sus estructuras, han formado mal a muchos pastores, que luego imparten, lo que han recibido, porque llegaron a pensar, que todo lo que aprendieron de sus autoridades estaba bien. Si queremos una Iglesia efectiva, y queremos se libere el fluir del Espíritu Santo en nuestros ministerios pastorales, debemos devolver la Iglesia al Señor, y permitir con toda humildad, que Él cambie todo lo que desee cambiar.

No me introduzco en los detalles doctrinales, pero es lógico que si lo externo, las liturgias y las costumbres, carecían de libertad, es porque el mensaje recibido era en cierta medida equivocado. No en su totalidad, de hecho había un gran sentido de preservación que resguardó ciertas verdades, solo observo de manera general, que toda

denominación o institución evangélica, tiene sus errores doctrinales, y si queremos ser pastores efectivos, debemos estar abiertos a las reformas del Reino.

Cuando vemos todos los cambios que se han implementado, no podemos más que sentirnos felices de la apertura y el avance, pero también debemos asumir que seguramente quedan muchas otras cosas por cambiar. Además, debemos reflexionar en el hecho que muchas otras denominaciones, todavía no han gestionado una pequeña porción de estos cambios.

Otros movimientos, han evolucionado mucho más que la Asamblea de Dios, y otros, tal vez mucho menos. Yo creo que a la larga, todo lo institucional tiene que terminar, por lo cual, no estoy tratando de demostrar lo buena que es la Asamblea de Dios. Solo estoy tratando de dejar en claro que nadie tiene toda la verdad, solo el Señor y debemos tener la humildad necesaria para asumir que así como nos equivocamos en el pasado, todavía necesitamos dejar a sus pies todas nuestras ideas.

Quienes conocen mis enseñanzas, saben muy bien, que siempre aclaro que lo que enseño es lo que creo y lo que veo hasta el momento. Busco ser alumbrado por el Espíritu del Señor y estar alineado a la Palabra, con lo cual estoy dispuesto a cambiar todo lo que Dios determine, cada vez que me muestre un error. Es decir, no importa cuanta trayectoria podamos tener, todos debemos estar en un permanente estado de cambio y dirección divina.

Sé perfectamente que muchos ministros piensan como yo, y procuran lo mismo. Sin embargo, el hecho de que aun tengamos diferencias entre nosotros, implica que a pesar de las buenas intenciones, podemos estar errados en algunas apreciaciones. Es por esto que no abandono mi apertura de cambio, siempre que pueda ver algo por la gracia del Señor.

Reitero, no me estoy refiriendo a cambios en las doctrinas fundamentales, esas no se negocian, porque en esas, todos estamos de acuerdo. Solo me refiero a las doctrinas periféricas que debemos ajustar, para que en los últimos tiempos estemos más alineados a la voluntad el dueño de la Iglesia. El único que tiene el derecho de establecer Su voluntad.

Dichas estas cosas, y obviando un montón de detalles, advierto que la preparación y la capacitación para el ministerio, nunca es completa y perfecta. Quienes procuremos servir a Dios, debemos mantener siempre un corazón humilde y una actitud enseñable, dando prioridad al Señor ante que a cualquier autoridad espiritual, esa es la única forma de no sentirnos recargados y estancados espiritualmente.

Yo quiero decirles, que la falta de libertad, producida por los errores doctrinales, o cierto grado de legalismo y religiosidad, impide el fluir del Espíritu Santo en nuestros ministerios, y cuando no fluye el Señor, solo quedan nuestras buenas intenciones. Eso nos hará sentir secos espiritualmente

y nuestras congregaciones a cargo, solo serán como un cascarón sin vida.

Cuando hablo de cambio, no me estoy refiriendo al ser novedosos, ni estoy sugiriendo que debemos desconocer o ignorar a nuestras autoridades espirituales, eso sería un verdadero disparate, solo estoy diciendo que debemos devolverle el gobierno de la Iglesia al Espíritu Santo, y que debemos ser conscientes que por más trayectoria o conocimiento que tengamos, todos podemos estar equivocados en algunos puntos, y nosotros somos los únicos responsables de no ser arrastrados por el error de otros, y de no permanecer en los nuestros.

Una profunda comunión con el Espíritu Santo, nos otorgará el discernimiento espiritual necesario, para ser librados de cualquier error humano. No somos ovejitas de los hombres, sino del Señor, no debemos aceptar cualquier cosa como gente que no piensa. Por el contrario, debemos pensar con la mente de Cristo, con sabiduría espiritual, porque solo ahí está contenida la dirección correcta. Un obrero aprobado es aquel que agrada al Señor antes que a los hombres.

***“Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios?
¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía
agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo”.***

Gálatas 1:10

Si en verdad queremos servir a Dios con excelencia, debemos ser temerosos de Él, no de los hombres. No

debemos permitir la manipulación, ni la intimidación, ni las amenazas. Muchos líderes procuran imponerse, y lo hacen a través de infundir miedo. Usan las Escrituras para que la gente los respete, pero solo persiguen la intención de dominar a todos con sus ideas.

No debemos permitir que nos anulen el cerebro, debemos pensar con libertad, porque esa es la voluntad del Señor. Cuando alguien utiliza la Biblia para imponer temor o respeto, cuando alguien utiliza su posición para controlar, desde su cargo, o desde su supuesta paternidad ¡Cuidado! Porque es posible que los estén llevando a sus propios intereses. No les den un rango de infalibilidad a sus líderes, ni acepten ser pastores porque ellos les asignaron el ministerio. Como veremos en el siguiente capítulo, sin un llamado específico de Dios, nadie debería aceptar un pastorado. Incluso hay algunos matrimonios pastorales, que deberían dejar de llevar esa carga, si no se las asignó el Señor.

Los líderes espirituales que procuran imponerse, tratan de formar obreros efectivos. Buscan que sean entregados, sumisos, responsables y sufridos para enfrentar toda hostilidad. Estas cosas ciertamente son muy buenas en un obrero del Señor, pero estos líderes no pretenden eso, dicen que sí, pero en realidad solo pretenden sacar provecho para ellos y para su bendito ministerio, por eso, cuando creen que están listos, los ungen y los establecen como pastores, pero no los guían a buscar por sí mismos, si tienen o no, el llamado pastoral.

Buscan formar una identidad, hacen mucho hincapié en el nombre del ministerio, buscan lograr una expansión de sus dominios y se gozan cuando pueden sumar una nueva obra con el cartel que levante el nombre del ministerio. Les gusta anunciar que tienen una nueva obra y reclaman los beneficios de ellos. Les conviene tener obreros formados que acepten el ministerio que ellos les proponen, y no consideran, lo destructivo que puede ser esa carga que les están imponiendo, si en realidad no es Dios el que les está designando esa tarea.

A estos líderes, les gusta decir cuántas congregaciones tienen, pero no impulsan la libertad, por el contrario, sacrifican libertades de algunas familias para lograr sus objetivos. Ellos buscan tener control, buscan definir toda decisión, y se preocupan mucho de tener a los obreros sujetos a ellos, tal como si ellos fueran los únicos representantes de Dios para sus vidas. Para ellos la Iglesia es como una empresa, ponen encargados de obras, y esperan crecimiento.

Los pastores que son formados por estos líderes, son hombres y mujeres que aman a Dios, que desean servirlo, y que solo se dejan llevar por sus líderes, porque creen que eso es lo correcto. Y créanme, que debería ser así. El problema es cuando dejan de pensar, es cuando la sujeción es tan automática que se desconectan del Espíritu Santo, con tal de hacer lo que sus autoridades plantean, porque el día en el cual, sus autoridades se equivocan, ellos también lo harán.

El deseo de expansión de las autoridades espirituales, produce la formación de obreros, pero en muchos casos, no contempla claramente el llamado de Dios. Ellos levantan obreros, y eso está perfecto. Los ponen a trabajar en células y en determinadas áreas de la iglesia, y eso también está perfecto, pero en otros casos, los ponen a cargo de una congregación y ahí es donde se equivocan, porque primero hay que buscar una clara dirección del Señor.

No se deberían abrir congregaciones, por posibilidades o por conveniencia, levantando matrimonios pastorales en todo lugar. El Señor es el dueño de la Iglesia y todo movimiento de expansión, debe ser el resultado de Su mandato y todo obrero levantado, solo Su asignación. Cuando somos líderes espirituales, no debemos avanzar por creer que algo puede funcionar, sino porque Dios dijo que se haga.

Cualquiera debería hacerse cargo de una célula, o de un área de servicio, pero no cualquiera debería poner la cabeza para ser levantado como pastor a cargo de una congregación. No es porque procure evitar que sean nombrados quienes tienen el anhelo de servir, enseñó esto porque si esos hermanos no tienen el llamado del Señor, no podrán soportar la hostilidad espiritual de la tarea. No será para ellos una carga espiritual, sino una recarga que puede llegar a ser destructiva.

Algunas estadísticas revelan las consecuencias que trato de evitar. Por ejemplo, una encuesta realizada en más

de dos mil pastores, reveló que el 70% de los pastores admiten que sufren de depresión y el estrés. Que un 60% de ellos tienen problemas de salud física. Que un 80% después de unos años no se sienten preparados para el ministerio. Que un 72% dice que sólo leen la Biblia cuando necesitan preparar un sermón.

Que un 90% de estos pastores afirmaron, que se sienten agotados y secos espiritualmente. Que un 40% admitió no vivir la plenitud de lo que predicán. Que un 90% de los pastores encuestados, consideraron dejar el ministerio en más de una ocasión. Que el 60% dijeron no abandonar por no tener una seguridad económica más allá de la obra. Que un 77% sentían que no tenían un buen matrimonio. Que un 80 % de los pastores considera no pasar tiempo de calidad con su conyugue, y que todos expresaron tener sus luchas familiares.

Que un 50% de las pastoras dice sentirse agotada y desilusionada con el ministerio. Que un 80% admitieron tener problemas sexuales en su matrimonio. Que un 60% admitieron mirar pornografía de manera habitual. Que un 30% han tenido relaciones extramaritales alguna vez. Que un 70% de los pastores no tienen amigos íntimos, y nadie en quien confiar. Que un 60 % de los pastores han tenido o tienen problemas con sus hijos y que solo un 22% de los pastores encuestados dijeron que, se sentían felices con su iglesia, y en su casa.

Estoy seguro, que estas estadísticas solo son una pequeña referencia de lo que ocurre con algunos consiervos. Creo que hay muchas excepciones a estas situaciones, y creo también que hay muchos otros problemas que no figuran en estas estadísticas, pero que pueden surgir en el seno de las familias pastorales.

También estoy seguro, que todo esto se produce fundamentalmente por algunas cosas que debemos considerar atentamente. Por falta de un llamado legítimo, por una mala preparación espiritual y doctrinal, antes y durante la gestión pastoral. Por una falta de supervisión efectiva y espiritual de sus líderes, y por un exceso de actividades al asumir asignaciones de manera incorrecta. Todo esto se soluciona, cuando el Señor llama, cuando el Señor equipa, cuando el Señor enseña, cuando el Señor establece, cuando el Señor dirige, y cuando el Señor respalda el ministerio, por causa de ser Él quién lo estableció.

Muchos pastores, pueden tener esos síntomas mencionados y tener un llamado legítimo, pero si están fallando en alguno de los puntos mencionados, el río del Espíritu se detendrá en sus ministerios y el pastorear, dejará de ser una carga lógica, y se tornará en una recarga imposible de soportar.

Estoy convencido que, dentro de estos motivos mencionados, se alinean todos los problemas que pueden surgir en el ministerio pastoral, y por eso he considerado útil escribir en este tiempo, sobre este tema. Es cierto que algunas

de estas cosas, las vengo observando hace ya varios años, pero tal vez, este sea el tiempo indicado para compartirlas. No solo porque hoy tenemos una apertura que hace unos años no teníamos, sino también porque creo que personalmente, hoy cuento con un rango de autoridad para expresar algunas cosas con libertad, más allá del agrado o no de algunos colegas.

Ruego a Dios, que este libro, pueda contribuir a la liberación de algunos hermanos, a la restauración de otros, y al sano fortalecimiento de aquellos que saben, que deben seguir en el ministerio y no han encontrado la forma efectiva de hacerlo.

Una cosa es clara, no podemos servir al Dios de la vida, de la libertad y de la sanidad, en un estado de opresión, de angustia, de frustración y de enfermedad, física y mental. Si esto ocurre, es porque hay cosas que están mal, y no porque necesariamente sea voluntad de Dios.

Corrijamos lo que está mal, y recuperemos el gozo del Señor en el servicio. Si no estamos disfrutando del Reino, algo estamos haciendo mal. No sigamos adelante, si primero no corregimos el rumbo de nuestras vidas y nuestra forma de servir al Rey. Es un glorioso privilegio el poder servirlo. Es lógico que debamos enfrentar las hostilidades espirituales de caminar en el propósito, pero no es lógico que nos estemos agotando por mala gestión.

No asumamos toda asignación conforme el deseo de la gente y de nuestras autoridades espirituales, sino de Dios. No somos llamados a caminar recargados, sino encargados de hacer lo que Dios dice que debemos hacer.

Es bajo Su autoridad, es en Su poder, es con Sus fuerzas, es con Su sabiduría y es conforme a Su voluntad, todo lo demás se debe alinear a esto, de lo contrario solo caminaremos recargados inútilmente.

***“En el Reino de Dios, lo importante...
...Es vivir con justicia, buscando la paz y la felicidad que
trae el Espíritu Santo...”***

Romanos 14:17 PDT



Capítulo dos

EL LLAMADO DIVINO CARGAS Y RECARGAS

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”

Efesios 4:11 al 13

El ministerio pastoral, es el único ministerio que ha permanecido sin discusión alguna en los más de dos mil años de historia que tiene la Iglesia. Incluso en la estructura que se formó a través del catolicismo de Roma, el ministerio pastoral, continuó vigente, y aunque sus denominaciones y formas cambiaron, la esencia no fue discutida por nadie. Lo que sí ha sido cuestionado es quienes lo han ejercido y la forma de gestionar tan prestigiosa tarea.

En el primero de los casos esto ha ocurrido porque lo falso, siempre estará operativo en tanto que esté lo verdadero.

Las Escrituras advierten sobre esto y es algo que ha ocurrido durante siglos. El motivo principal es la operación de las mismas tinieblas, pero el acceso es brindado por el descuido de una norma fundamental del pastorado, que es “El llamado divino”.

El llamado ministerial, es lo que nos confronta con la voluntad de Dios y nos desafía a reconocerla, aceptarla y vivirla con abnegación. El pastorado, tal como el resto de los dones ministeriales, no es un cargo eclesiástico, no es una profesión que elegimos, es una vocación sembrada por Dios en nuestro corazón. En realidad no es algo que navega primero por nuestra razón, sino que está impregnado en nuestro espíritu.

No hay manera de explicar tal cosa, solo diría que aquellos que lo recibimos, simplemente sabemos que fuimos llamados, y generalmente nuestra razón se niega o levanta fortalezas tratando de encontrar una salida, pero desde el fondo de nuestro ser, nuestro llamado arde y es ineludible. Es más, diría que aquellos que procuran eludirlo solo acarrear para sí insatisfacción y frustración.

El llamado pastoral no tiene explicación natural como algunos piensan. Muchos ministerios evalúan las capacidades de los hermanos y sus posibilidades, entonces realizan la propuesta ministerial y les asignan el cargo, pero eso nada tiene que ver con el diseño del Reino. El llamado es algo sobrenatural que no es de este mundo. Obviamente los religiosos no entienden eso y procuran programas,

capacitaciones y promociones para el pastorado, sin darse cuenta de los males que pueden causar.

Hay instituciones que proponen el estudio teológico y el entrenamiento ministerial, pero no evalúan el llamado, que no es otra cosa que la voluntad de Dios. Es decir, todo lo determinan ellos, basados en sus razonamientos, pero no consideran lo que Dios quiere, siendo esto lo más importante.

El llamado pastoral es puesto en nuestro espíritu por el Señor mismo, y es algo de lo cual no nos podemos despojar, porque es irrevocable (**Romanos 11:29**). Se convierte en parte de nuestra vida, de nuestro existir, de nuestra naturaleza. Es como un fuego que arde en nuestro interior y no hay forma que podamos evitarlo (**Jeremías 20:7 al 9**).

Que no sea asumido así por algunos es muy curioso, porque deberíamos aprender que los sacerdotes del Antiguo Pacto, como los sacerdotes, los profetas, o los reyes eran escogidos por Dios. También sabemos que Juan el Bautista no estudio para ser una voz clamando en el desierto (**Isaías 40:3; Juan 1:23**). Los discípulos de Jesucristo no lo escogieron a Él, sino que Él los llamó a ellos (**Marcos 3:13**). De hecho, algunos otros quisieron seguirlo y Jesús no se los permitió (**Marcos 5:19**).

Esas cosas no han cambiado a través de la historia. Esto siempre ha sido así, el Señor es el Soberano que determina todo, y nadie debe atribuirse la capacidad o el derecho de determinar algo en Su obra. Lamentablemente, la

falta de una comunión correcta con el Espíritu Santo, y la religiosidad de muchos, ha corrompido la legitimidad de los llamados.

***“Nadie toma para sí esta honra
Sino el que es llamado por Dios”.***
Hebreos 5:4

Cuando recibimos el llamado al ministerio es porque estamos destinados para eso, incluso antes de nacer. Por más que tratemos de eludirlo, sin importar donde vayamos, donde intentemos escondernos, o por mucho que intentemos ignorarlo, sabemos que tenemos un llamado de parte de Dios, y sabemos que la única alternativa es cumplir con ese llamado. El punto es, como lo vamos a hacer.

Esto lo menciono porque generalmente quienes tenemos un llamado, sentimos la presión del mismo. No es que no deseamos servir a Dios, todos deseamos eso cuando hemos recibido la gracia de la regeneración. Lo que sentimos es una carga, que impacta una necesidad que todos tenemos. Es la capacidad de determinar nuestros pasos de vida, para avanzar a un futuro que nosotros mismos deseamos programar.

El llamado de Dios, irrumpe en nuestras vidas y nos saca del camino que pretendíamos, o al menos elimina la posibilidad de elegir, y eso no es fácil de sobrellevar. Lógicamente, es una cuestión de rendición, de muerte al

“yo”, y del cultivo de una humildad que llegará a ser, por la entrega revelada, o por los procesos del Señor.

Hay personas que hacen todo lo que pueden para alcanzar un ministerio, pero generalmente, eso es un indicativo de que tienen un deseo, o una ambición personal, pero no necesariamente un llamado divino. Quienes tenemos un llamado generalmente no luchamos para alcanzarlo, simplemente lo tenemos y en el fondo nos vemos venir la ineludible responsabilidad que implica.

El llamado ministerial, es el resultado de la elección soberana, es otorgado por gracia, no por méritos personales. Esto podemos verlo claramente en la vida del apóstol Pablo, quién antes de conocer al Señor era un perseguidor de la Iglesia. Es decir que ni siquiera era alguien indiferente a la fe, sino radicalmente opositor. Sin embargo, cuando lo alcanzó la gracia, no solo fue hecho apóstol, sino el hombre en el cual el Señor depositó la mayor carga revelacional que alguien haya tenido respecto del Nuevo Pacto.

“Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo...”

1 Corintios 15:9 y 10

Alguien dijo graciosamente: “El llamado al ministerio es como la mafia, una vez que lo tienes, no se puede salir nunca más...” El llamamiento de Dios es irrevocable (**Romanos 11:29**), no se puede rechazar ni devolver, lo tenemos y punto. Si intentamos ignorarnos solo obtenemos el sentir de la muerte, porque en él, está implícito el propósito de vida.

Todos los que recibimos el llamado de Dios al ministerio, recibimos la dignidad de ser elegidos soberanamente para una tarea determinada. Todos los que reconocemos a Dios como el ser más importante del universo, debemos considerar también Su elección al ministerio como lo más honroso que se puede recibir en esta vida.

Nuestra gran distinción radica en la importancia del que nos llamó, no en nosotros mismos, ni en nada que podamos hacer. Ahora bien, si el que nos llamó es alguien extremadamente digno y honorable, también lo es la intención de Su llamado. Hay quienes pretenden servir a Dios, tal como si le estuvieran haciendo un favor, pero eso es absolutamente al revés.

Muchos hombres y mujeres, que hoy en día ejercen una tarea pastoral sin haber sido llamados. Son en su mayoría víctimas del sistema. Cuando no hay llamado genuino, todo resulta mucho más pesado de lo normal, pero ellos solo están tratando de hacer lo que le han dicho que deben hacer. Solo están obedeciendo a sus autoridades institucionales, y no son

conscientes que están sobrepasando a Dios. Justamente ellos solo creen que sus autoridades, están obrando conforme a la voluntad de Dios, pero en muchos casos no es así.

Por supuesto, también hay algunos que no han sido reconocidos, ni levantados por ninguna autoridad espiritual. Sin embargo, sus ambiciones personales, los hacen desoír todo consejo, y solo terminan haciendo lo que desean, se auto promocionan como pastores, o aprovechan a cualquier profeta volador, y consiguen un nombramiento, abriendo una congregación que Dios no les ha mandado, pero que anhelan tener.

Estas personas, piensan que hacer algo para Dios, es ayudarlo en su tarea, pero Dios no necesita ayuda, solo demanda obediencia. No es lo mismo hacer algo para Dios, que ver a Dios haciendo algo a través de nosotros. Las buenas intenciones, no siempre son buenas ideas. Todo lo bueno solo proviene de Dios, lo demás solo está impregnado de orgullo y vanidad.

Todo ministro reconocido bajo la cobertura de un presbiterio apostólico, debe estar claro y seguro que quien le comisionó para la honrosa tarea del pastorado, no fue una organización humana, sino una constitución divina. Asegurarse eso, les otorgará la única garantía de poder y capacidad espiritual para una tarea efectiva.

Con esto no me estoy refiriendo a que todo les saldrá bien, sino que todo, por más duro o difícil que parezca, es

parte del propósito Divino, con lo cual podemos estar seguros que al final Dios se glorificará. Esto es lo que ocurrió con el llamamiento del apóstol Pablo. Cuando analizamos su vida, vemos la gran cantidad de problemas que tuvo, pero en todo caso, vemos a través de sus padecimientos, la operación del poder de Dios. De hecho, el mismo expresó los dichos del Señor ante su clamor, y su sabia conclusión:

“El Señor me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo...”

2 Corintios 12:9

En una ocasión el llamado príncipe del púlpito, Carlos H. Spurgeon dijo: *“Dios respalda al que llama, el que se infiltre que se las arregle como pueda...”* No debe haber ofrecidos, sino escogidos. Quién se ofrece o se auto denomina pastor, no tiene derecho para los reclamos legales. El que llama, es fiel para responder al clamor de los que lo solicitan desde la obediencia.

Hay algo que es muy importante comprender, y he visto que muchos se confunden respecto a esto: Los cinco dones de ascensión de **Efesios 4:11**, necesitan imperiosamente un llamado de Dios. Sin embargo, hay quienes ejercen esas tareas desde otros niveles, sin necesidad de un llamado específico.

Por ejemplo, todos debemos evangelizar, y hay hermanos que sienten una carga especial por hacerlo, hablando con todos en su trabajo, o visitando hospitales. Ellos no son evangelistas de plataforma, ni predicán en campañas o eventos evangélicos, pero realizan esa tarea de manera continua. Para hacer esto, nadie debería considerar la necesidad de un llamado especial.

En otros casos, hay hermanos que se preocupan por el bienestar de otros hermanos. Ellos los visitan, los escuchan, los aconsejan, los alientan a no dejar de congregarse. Algunos de ellos llevan adelante alguna célula, convocan gente y comparten la Palabra. Estos hermanos, sin dudas están pastoreando, pero tampoco deberían considerar que para tal función es necesario un llamado específico.

Todos somos ministros de la reconciliación, todos tenemos al Espíritu Santo, todos debemos servir a Dios, y podemos fluir en determinado momento en algunos dones del Espíritu. No por eso debemos abrir una obra, o pensar que seremos enviados con propósito a otras naciones. Cada uno tiene su función, pero todos podemos hacer un poco de todo, porque el Señor habita en nosotros.

Por ejemplo, en algún momento determinado, todos podemos recibir y entregar una palabra profética, eso no implica que seamos profetas. Una cosa es una palabra profética, otra es el don de profecía, otra el ministerio profético y otra el oficio de profeta. En definitiva, recibir o hacer algo, no nos debe confundir.

Al tener el Espíritu Santo, todos podemos recibir fe de manera especial, podemos hablar con sabiduría en determinado momento, podemos sanar a través de una oración, podemos liberar a alguien, o podemos hacer algún milagro, porque el poder actúa en nosotros (**Efesios 3:20**). Sin embargo, debemos estar claros en que todo lo hace el Señor, porque el Espíritu es uno y el mismo (**1 Corintios 12:4**).

El pastorado ejercido en una congregación, sí necesita de un llamado, y es fundamental para el desarrollo de la Iglesia en la ciudad. Su propósito, como lo declara Pablo, es perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, que es la edificación del cuerpo de Cristo (**Efesios 4:12**). Los pastores somos instrumentos en las manos del Señor para instruir, corregir, apoyar y desarrollar el carácter de Jesucristo en los discípulos, y por eso debemos estar bien preparados.

A diferencia de los demás ministerios, el pastoral tiene algunas características muy especiales: Por ejemplo la paciencia, el amor misericordioso y el interés por el bienestar de los hermanos, tanto de manera individual como a nivel corporativo. Los pastores hacemos discípulos porque somos discípulos de Jesucristo, es decir, que caminamos sujetos en obediencia a Cristo y a Su Iglesia.

Los pastores no somos superiores a los hermanos, somos servidores. Debemos estar lejos de todo orgullo y toda soberbia, para lo cual, Dios no solo nos capacita a través de

los dones y los talentos, sino que también nos otorga un corazón especial para ejercer dicha tarea.

Yo he pasado por los cinco dones ministeriales, y no comprendía muy bien, por qué después de unos años, era mudado a otro ministerio. Con el tiempo el Señor me explicó que tenía un llamado apostólico a las naciones y que si iba a ser comisionado a pastorear pastores, debía primero, aprender respecto de todas las áreas ministeriales.

Cuando fui consagrado como evangelista, recibí una carga especial por esa tarea. Salía a predicar casa por casa y viviendo en Buenos Aires, me ponía una mochila cargada de tratados, y pasaba muchas horas caminando y repartiendo invitaciones a toda persona. Participé de varias campañas y recorrí muchas congregaciones en distintas ciudades.

Luego fui mudado al ministerio profético. Yo no pude identificar el momento específico en el que se produjo esto. Es cierto que había recibido palabras sobre el asunto, pero se dio de manera muy dinámica y natural. Cuando quise acordar estaba siendo invitado como profeta a muchas congregaciones, y claramente fluía en ese don.

Luego fui llamado por Dios al pastorado. Con mi esposa no queríamos realizar esa actividad, nos habíamos propuesto no aceptar una tarea pastoral. Yo viajaba continuamente y mi esposa simplemente se congregaba, pero una noche, el Señor nos habló sobrenaturalmente y no tuvimos opciones al respecto, simplemente asumimos Su

orden y comenzamos a buscar un lugar para abrir una congregación.

Abrimos una célula en nuestra casa, y poco a poco comenzaron a sumarse personas y recursos para proyectarnos, hasta que abrimos un salón de reunión. En esa época yo recibí una carga muy especial por la gente y por la ciudad, pero con los años, mi mensaje se fue mudando hasta comprender que en realidad estaba enseñando, incluso más allá de los intereses de los hermanos.

Yo no dejaba de viajar, visitando muchas congregaciones diferentes. Todos los mensajes se grababan y eran solicitados por diferentes emisoras radiales. Mis enseñanzas se tornaron cada vez más profundas y dejaron de ser para la congregación que pastoreábamos. Yo las compartía con mis hermanos ahí, pero en realidad eran para el cuerpo de Cristo en todo lugar.

De pronto, por dirección divina, fundé la Escuela de Gobierno Espiritual (EGE). Preparé decenas de módulos con temas diferentes, y los dicté en muchas ciudades de nuestro país. Con el tiempo, esos viajes, comenzaron a ser internacionales, porque las enseñanzas fueron demandadas desde varias naciones.

A medida que todo eso avanzó, la carga por la congregación desapareció, ya tenía en claro que no era un pastor local, y me costaba mucho asumir simples responsabilidades como tratar problemas personales de los

hermanos, por lo cual delegué esas tareas al pastor auxiliar, quién hoy en día, es el responsable de la obra.

Debo decir que en ese tiempo, todo este proceso, fue de gran conflicto para mí, porque pensé que había perdido algo, que estaba fallando, o que no tenía el suficiente amor por mis hermanos. Luego comprendí, que todo mi sentir, obedecía al propósito de Dios, y no, a simples sentimientos del alma.

Hoy mi carga es por el cuerpo de Cristo en toda nación, mi función es enseñar conforme a los diseños del Reino, y mi tarea es pastorear he impartir a familias pastorales, que por dirección divina, llegan a comprender que deben trabajar conmigo. Esto es muy importante, y debe ser mutuo, porque he tenido pastores que me han pedido trabajar juntos, pero si yo no recibo una dirección clara de Dios, no puedo ayudarlos efectivamente.

También me ha pasado, que he tenido una gran carga por ayudar a ciertos pastores, entendiendo un rol apostólico sobre sus familias, pero ellos no dieron el paso, por estar anclados a las autoridades de sus instituciones. Yo no tengo problemas con eso, porque no estoy buscando captar pastores para que trabajen conmigo. Esto solo obedece a un diseño divino y nada debemos hacer fuera del marco de Su voluntad, solo estoy explicando cómo funciona.

Yo solo recibo de Dios que ellos deben trabajar conmigo, porque si lo hacen, sé que seré un canal de

bendición y dirección para ellos. Lo sé en mi espíritu que así será, porque tengo cosas para entregarles. Sin embargo, si ellos no logran discernir eso, yo no les digo nada, porque lo que no nace por revelación, no puede superar las presiones espirituales del avance.

Reitero, no decirles lo que me ocurre, no es por causas personales, sino porque ellos deben recibir ese diseño por revelación, de lo contrario, no perdurará. Yo no puedo ejercer una tarea con quienes lo procuren por afecto, o simples sentimientos. La única manera de ser efectivo y firme, es si me otorgan un rango de autoridad establecido por Dios.

La pregunta en tal caso sería, si deben recibir revelación y el diseño es de Dios ¿Por qué no la reciben? Bueno, no es que no la reciben, yo sé que en el fondo de sus corazones lo saben, pero no se determinan avanzar por los desafíos establecidos por Dios. Muchos prefieren quedarse sin asumir cambios, porque tienen temor de romper ciertas estructuras.

Es más, hay pastores que trabajaron conmigo, y recibí la carga de Dios, por sus vidas y sus familias. Los amé de verdad, y vi con ellos, una proyección extraordinaria para el futuro. Sin embargo, por presiones externas, se fueron de mi lado, y lloré mucho por ellos, porque sé que se equivocaron. No porque yo me crea mejor que otros para la impartición sobre ellos, sino porque sé cuándo algo es voluntad de Dios y punto. Solo sus diseños prevalecen con efectividad. De hecho, esto es tan fuerte, que por más que he procurado

deshacerme de todo pensamiento sobre ellos, Dios no retira Su carga.

Cuando es voluntad de Dios que desarrolle esa tarea apostólica con alguien, recibo la carga, y el sincero interés por la familia pastoral. Cuando eso no ocurre, en alguna de las partes, el proyecto deja de ser divino y simplemente se cae. Por eso es mejor no iniciar nada que no provenga de la voluntad del Señor.

Yo jamás trataría de generar autoridad a través de la enseñanza. Solo la revelación otorga la apertura correcta para la efectiva realización del trabajo apostólico. De la misma forma, cuando la gente no tiene revelación de sus pastores, tienen los días contados en esa congregación. La Iglesia no funciona por imposición, funciona por revelación.

Judas nunca pudo comprender que Jesús era el buen pastor. No importó cuantas enseñanzas escuchó de su boca, no importó cuántos milagros vio. Cuando alguien no tiene revelación, terminará traicionando a quién dijo respetar. No quiero encontrar maldad en el ejemplo de Judas, solo digo que era un íntimo de Jesús, y que nunca comprendió cuanto lo amaba el maestro, ni cuanto tenía para darle en el futuro.

Yo he vivido muchas desilusiones, tanto con hermanos de la congregación, como con familias pastores a quienes ame muchísimo. El ministerio pastoral es muy difícil de sobrellevar. Si no tenemos un llamado que nos respalde es simplemente imposible. La ingratitud, la injusticia y la

infidelidad, son imposibles de sobrellevar de manera natural, al menos para quienes no practicamos la religión. Los golpes del abandono y la traición, producen abatimiento y frustración. Producen una sobrecarga espiritual que debemos transferir.

No transferir a Dios, las presiones de la desilusión y el dolor, pueden generar una sobrecarga emocional muy pesada, incluso al grado de derribarnos por un tiempo. La Iglesia no es nuestra, es del Señor, y la deslealtad no es contra nosotros, sino principalmente contra el diseño de Dios.

Hay quienes nunca deberían llegar, y hay quienes nunca deberían irse de nuestro lado. Aun así, esto siempre ocurrirá. Así es el ministerio pastoral, a nivel congregacional, y a nivel apostólico. Trabajar con personas, no es como trabajar con madera. Cuando uno cepilla una madera o le corta un pedazo, así se quedará, no importa cuánto tiempo pase, estará donde la dejamos y en la misma condición. Las personas que pastoreamos, son como un gran signo de interrogación, nunca sabemos lo que harán mañana. Y lo peligroso de todo esto, es que nosotros, portamos la misma esencia.

El mismo Dios del cielo que nos llamó, es el mismo que nos debe guiar, equipar y respaldar en toda tarea. Si somos fieles, las presiones del ministerio no nos matarán, sino que nos fortalecerán en el poder de Su fuerza, y seguiremos avanzando para nuevos desafíos.

Ser pastores es hermoso, porque servimos a Dios, y servimos al prójimo como Él manda. Sin embargo, debemos tener cuidado. Lo primero que debemos procurar, es que no nos maten los mismos discípulos que pastoreamos, porque de ellos vendrá inevitablemente, la primer recarga espiritual.

“Su divino poder, al darnos el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y potencia, nos ha concedido todas las cosas que necesitamos para vivir como Dios manda”.
2 Pedro 1:3 NVI



Capítulo tres

LAS PRIMERAS EXPERIENCIA

“Me dijo: Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo. Y luego que me habló, entró el Espíritu en mí y me afirmó sobre mis pies, y oí al que me hablaba.

Y me dijo: Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a gentes rebeldes que se rebelaron contra mí; ellos y sus padres se han rebelado contra mí hasta este mismo día. Yo, pues, te envío a hijos de duro rostro y de empedernido corazón; y les dirás: Así ha dicho Jehová el Señor. Acaso ellos escuchen; pero si no escucharen, porque son una casa rebelde, siempre conocerán que hubo profeta entre ellos. Y tú, hijo de hombre, no les temas, ni tengas miedo de sus palabras, aunque te hallas entre zarzas y espinos, y moras con escorpiones; no tengas miedo de sus palabras, ni temas delante de ellos, porque son casa rebelde. Les hablarás, pues, mis palabras, escuchen o dejen de escuchar; porque son muy rebeldes”.

Ezequiel 2:1 al 7

Ciertamente Ezequiel no fue un pastor de una congregación evangélica, pero los profetas del Antiguo

Testamento, junto a los sacerdotes, eran los canales que Dios utilizaba para pastorear a Su pueblo (**Ezequiel 34:31**).

En este pasaje, vemos que el Señor llamó a Ezequiel y lo envió a una tarea aparentemente muy difícil, porque no le dijo que lo enviaba a pastorear un pueblo manso y obediente, sino a un pueblo de gente rebelde, que ya se habían rebelado contra Él directamente. La pregunta que deberíamos hacernos es que si este pueblo ya se había rebelado contra Dios ¿Qué esperanza había para Ezequiel?

El Señor le dijo: ***“No solo ellos se rebelaron contra mí, sino también sus padres se han rebelado. Todos ellos son un pueblo de duro rostro y de empedernido corazón...”*** ¿Qué pretendía el Señor que hiciera Ezequiel con ellos? Sin dudas, esta parecía una misión imposible, sin embargo lo estaba enviando igual, y le estaba diciendo que contaría con su apoyo.

Lo que deberíamos comprender es que para nosotros no se trata de Israel, pero se trata de personas igual que ellos. Gente que también se rebeló contra Dios, igual que sus padres, con duro rostro y empedernido corazón. ¿O acaso no fuimos así todos nosotros para con Dios? ¿Acaso la Iglesia no está llena de personas que alguna vez fuimos rebeldes sin causa?

Bueno, nosotros tenemos una ventaja sobre Ezequiel, y es que el pueblo que debemos pastorear, es un pueblo de gente renacida, y en esa nueva criatura está nuestra

esperanza. Lo cierto es que sin ese nuevo nacimiento, no tendríamos posibilidad alguna. ¿Acaso podemos imaginar el éxito pastoral, en un matrimonio, intentando hacer esta labor sin un llamado específico?

Ezequiel tenía un llamado, pero lo tuvo que enfrentar solo, porque el Señor permitió que su esposa amada muriera (**Ezequiel 24:15 al 18**). Además, su asignación fue sobre una nación, no sobre una congregación. Hoy nosotros enfrentamos el llamado con nuestras esposas, y la tarea es primeramente sobre un pequeño grupo de personas. Por lo tanto, y contemplando estas diferencias, debemos estar seguros que la tarea asignada es posible, y más simple que la que enfrentó Ezequiel.

Cuando el Señor llama a un matrimonio a pastorear, no los está enviando a morir, no los está enviando a una tarea oscura y desagradable. De hecho, los ataques de las tinieblas, no pueden evitar la consumación de la tarea, porque Jesucristo mismo anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz. Y despojó a todo principado y a toda potestad, exhibiéndolos públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz del Calvario (**Colosenses 2:14 y 15**).

Si el Señor pudo vencer a las tinieblas para nuestra redención, como no sostendrá la victoria para nuestra tarea pastoral. El mismo que nos salvó, es el mismo que nos empoderó con Su Espíritu, es el mismo que nos llamó, y el mismo que nos sostendrá en victoria en todo tiempo.

Yo no quiero extenderme en los ataques directos de las tinieblas, porque esos son lógicos. Todo cristiano los padece y todos debemos aprender cómo superarlos. Yo deseo enfocarme en los ataques sutiles, que nos llegan camuflados en la apariencia de piedad, de aquellos que supuestamente nos aman y nos respetan, pero que sin embargo, pueden llegar a ser los peores canales de hostilidad para nuestras vidas.

Los hermanos con los que comenzamos a trabajar, son personas que llegan con todo un pasado de luchas y emociones alteradas, que les dificulta mucho expresar con libertad la nueva naturaleza recibida. El despojarse de la vieja naturaleza, y el vestirse del nuevo hombre, no es un suceso, sino un proceso que todos debemos enfrentar (**Efesios 4:22 al 24**). Es por eso, que debemos ser pacientes, y saber cuándo estamos tratando con la vieja naturaleza, y cuando estamos edificando la nueva.

Ese proceso es el que nos obliga a tratar con personas renacidas, con todas las capacidades de la nueva vida (**Romanos 6:4**), y con la vieja naturaleza, cargada de complejos, temores, orgullo, vanidad, celos, envidias, etc. Esto complica la tarea, porque los inexpertos pastores, tratan de agradar a todas las personas, y se aventuran a pastorear la vieja naturaleza, y eso sí que es una misión imposible.

Los pastores, debemos asumir el rol de ser pastores de la nueva naturaleza. Nosotros pastoreamos la vida espiritual de la gente. Cuando no comprendemos eso, procuramos ayudarlos aceptando asignaciones que no nos fueron

demandadas por Dios. Nosotros no somos los encargados de resolver todos los problemas de la gente, solo debemos guiar la nueva naturaleza espiritual, a la conexión correcta con el gobierno de Dios.

Generalmente, cualquier matrimonio pastoral que se hace cargo de una congregación, comienza con todo un entusiasmo y una expectativa muy prometedora. En los primeros meses, le pondrán una pasión única a la obra y tratarán de ayudar de manera integral a todos los hermanos que lleguen.

Ellos intentarán agradar a los hermanos, tratarán de hacerlos sentir cómodos y seguros. Procurarán conformar las expectativas que puedan traer, incluso se apurarán a expresar sus deseos, sus metas y lo mucho que desean ayudarlos.

La gente llega con mucha necesidad, por lo tanto, ante esa inigualable oferta, se abrirán para contar sus dramas y para expresar sus necesidades. Los pastores, a medida que los escuchan, irán pensando de qué manera los pueden ayudar efectivamente en todo.

Si tienen necesidades económicas, acudirán a cualquier recurso disponible para ayudarlos, sea con mercadería, con ropa, o incluso con algún elemento que necesiten, tanto como colchones, frazadas, elementos de cocina, sillas o cosas por el estilo. Si no tienen vivienda, se pondrán en campaña para conseguir un lugar en donde puedan dormir.

Si no tiene un transporte, se comprometerán al menos en ir a buscarlos antes de cada reunión, y se comprometerán en llevarlos después de las mismas. Si necesitan un trabajo, procurarán conseguirles uno, y si emocionalmente se sienten muy mal, tratarán de contenerlos, escuchándolos las horas que sean necesarias, hasta que crean que quedan satisfechos.

Esta forma de pastorear, está cargada de buenas intenciones, pero es inviable. De hecho, se les complicará cada vez más, porque llegarán nuevos hermanos y la atención que le han brindado a los primeros, no puede ser quitada fácilmente. Si se ocupan de los recién llegados, los que estaban antes, se sentirán ofendidos, porque ya no les están prodigando las mismas atenciones.

Los pastores se van a esforzar cada vez más, pero para poder hacerlo, van a postergar sus intereses personales, como los hijos, el hogar, el trabajo, la familia en general, el descanso, el tiempo libre, la paz en la mesa y el amor en la cama. Lo cierto es que con tal de servir a Dios, y complacer a los hermanos, se dejarán a sí mismos para lo último, y con el tiempo, sentirán la desilusión, la frustración y la injusticia de tal entrega sin resultados aparentes.

Algunos hermanos que demandaron toda la atención y que por cierto la recibieron, no se preocuparán en generar al menos un pequeño retorno del amor recibido. Los pastores sabemos que no debemos hacernos expectativas con nadie, y que no debemos esperar que la gente nos corresponda, pero eso, solo es una teoría. Cuando la realidad comienza a

golpear nuestros corazones, ciertamente y sin poder evitarlo, esperamos una retribución afectiva.

Cuando uno escucha con empatía los problemas de la gente, y cuando trata de ayudarlos, es imposible no crear lazos de afecto, que van más allá de la comunión espiritual que debemos sentir. Aun sin desearlo, o habiendo sido advertidos, llegamos a pensar que tenemos nuevos amigos, gente que tendrá gratitud toda la vida, por causa de la ayuda que les brindamos. Sin embargo, nada está más lejos de la realidad que eso.

No importa cuántas horas de nuestra vida hayamos invertido para ayudar a los hermanos. No importa cuántas cosas les hayamos conseguido para ayudarlos. No importa cuánto amor sincero les hayamos expresado, con la intención de que reciban el amor de Dios. No importa si hicimos todo lo posible para que ellos puedan revertir sus vidas, hacia el camino de la bendición. Al final, muy pocos lo entenderán así, y muy pocos mostrarán al menos una simple gratitud.

Cuando Jesús sanó a diez leprosos (**Lucas 17:11 al 19**), supongo que no esperaba nada de ninguno, sin embargo, no es casualidad que la Biblia nos cuente, que uno solo volvió para agradecerle. ¿Acaso podemos imaginar lo que sería en esa época ser una persona leprosa?

Para la sociedad de los tiempos de Jesús, la lepra era considerada como un castigo por el pecado. Era la enfermedad más terrible, puesto que entonces era incurable.

El leproso vivía alejado de la sociedad, en cuevas y descampados, fuera del mundo de los sanos. La lepra era considerada como la muerte en vida (**Job 18:13**). Por esta razón, en el mundo rabínico, curar a un leproso era lo mismo que resucitar a un muerto, cosa que sólo Dios podía hacer (**Números 12:1 al 16**).

Los leprosos le rogaron a Jesús que los sanara, y simplemente recibieron su sanidad. Sus vidas cambiaron para siempre. De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, volvieron a ser personas normales. La sanidad implicaba la posibilidad de recuperar a sus familias, su trabajo y la honra delante de la sociedad. Sin embargo, parece que nada de eso les importó, porque de los diez leprosos que recibieron sanidad, solo uno volvió para agradecerle personalmente a Jesús.

Jesús por su parte, no esperaba que volvieran por Él, pero se encargó de expresar algo mucho más contundente: *“¿Acaso no quedaron limpios los diez? Preguntó Jesús: ¿Dónde están los otros nueve? ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios, excepto este extranjero?”* (**Lucas 17:17 y 18**). Esto lo dijo, no solo por la falta de gratitud hacia su persona, sino que se encargó de aclarar que no tuvieron el sentir de darle gloria a Dios, siendo que eran judíos y conocían al Dios verdadero. Sin embargo solo el extranjero samaritano fue el que volvió.

Hay veces que la gente que no conoce a Dios, puede llegar a ser más agradecida, que aquellas personas que han recibido el don de la vida espiritual. Esto es muy difícil de

digerir, porque uno espera que la gente más amorosa y agradecida sean aquellos que han recibido la gracia de Dios, pero en ocasiones no es así. No estoy sugiriendo que los hermanos son horribles personas que sin dudas, nos causarían mucho daño. De ninguna manera haría eso. Las mejores personas del planeta, yo las he encontrado dentro de la Iglesia, solo estoy exponiendo que algunos hermanos, se dejan llevar por su vieja naturaleza y al exponerla nos lastiman.

Cuando los hermanos están bien espiritualmente, son amorosos, y da gusto trabajar con ellos, pero si descuidan su vida espiritual, y se dejan llevar por los impulsos del alma, seguramente actuarán de manera incorrecta, y es entonces que el enemigo aprovechará para causar su destrucción. Es por eso, que pequeños conflictos en la Iglesia, pueden terminar generando dolorosos procesos.

Cuando los nuevos pastores trabajan sin recibir consejo de sus autoridades espirituales, que supuestamente son personas con una vasta experiencia, comienzan a sentirse solos, desilusionados, y comienzan a cultivar la idea de que tal vez, no son capaces de realizar la tarea pastoral, porque ven que ciertas situaciones se escapan de sus manos.

Los nuevos pastores, inexpertos y cansados, observarán las demás congregaciones, tratando de encontrar algún ejemplo de cómo actuar, para ser más efectivos, pero al hacerlo llegarán a pensar que a todos los demás les funciona mejor que a ellos. Esto les golpeará duramente el

ego, porque en sus comienzos, seguramente creían que lo harían muy bien, incluso mejor que sus propios pastores, pero luego de un par de fracasos, llegan a descalificarse por completo.

Todos los que tenemos pastores, en algún momento, vemos cosas que no nos gustan de ellos, o cosas con las que no estamos de acuerdo. Eso nos hace pensar que si algún día, llegamos a ser pastores de una congregación, no cometeremos esos errores. El problema es que cometemos algunos peores, y en tal caso, terminamos frustrados y sin confianza para seguir adelante.

Esto siempre es así. Por ejemplo, la gran mayoría de los jóvenes adolescentes critican a sus padres. No importa cuán buenos puedan ser, siempre criticarán algo de ellos. El problema es que el día que ellos llegan a ser padres, también cometen errores, y con el tiempo, serán sus hijos, los que les reclamarán todo lo que hacen mal. Tampoco importa cuánto se esfuercen por ser buenos padres, igualmente recibirán críticas.

La primera experiencia pastoral, puede llegar a ser muy frustrante, no importa cuanta garra y corazón le podamos poner, nada fluye tan rápido como esperamos. Por supuesto, no todo es terrible y algunos lo manejan mejor que otros, pero yo no estoy tratando de dar respuestas a quienes hayan superado las adversidades, sino a quienes no han llegado a comprender los duros procesos del pastorado.

Conozco algunos pastores que abandonaron, y conozco a otros que simplemente se estancaron en la amargura. Algunos sufrieron el quebranto familiar, y otros tienen hijos que después de padecer el pastorado de sus padres, se apartaron durante muchos años.

Algunos siguieron adelante, no sin lágrimas, pero lograron sobreponerse, y poco a poco, fueron comprendiendo los procesos del ministerio pastoral. Yo fui parte de estos últimos, y ciertamente todavía conservo las secuelas de las muchas batallas. Simplemente aprendí cometiendo errores y superando fracasos, por eso he canalizado mis experiencias compartiendo mi saber desde mi función apostólica.

Yo no aprendí en el seminario, como superar los problemas del ministerio. Lamentablemente aprendí desde el dolor, pero bueno, tal vez si no hubiese sido así, hoy no podría comprender a los pastores que están en pleno proceso, y no tendría la capacidad de escribir este libro para ayudar a mis consiervos.

Cuando ejercí el pastorado en la congregación, nunca me pude considerar un buen pastor, porque siempre he asumido mis carencias. Con mi esposa tratamos de contener, ayudar y discipular a nuestros hermanos, pero pocas veces hemos sentido la satisfacción del deber cumplido de manera absoluta. Uno siempre cree que puede llegar a ser mejor.

El Señor le dijo a Ezequiel, que tal vez esa gente a los que lo enviaba, lo escucharían, pero que si no lo escuchaban

sería porque eran una casa rebelde. Incluso era de esperar que pudieran hacer algo así. El Señor le dijo que no debía tener temor de ellos, ni tener miedo de sus palabras. Es más, le dijo que aunque sintiera que se encontraba entre zarzas y espinos, o incluso, si llegaba a sentir que moraba con escorpiones, que no debía tener miedo de sus palabras, ni temer delante de ellos, porque eran muy rebeldes.

Es claro que Dios conocía la forma en la que el pueblo reaccionaría ante las palabras de Ezequiel. Yo supongo que después de esas recomendaciones divinas, Ezequiel se debe haber sentido honrado con el hecho de que Dios le asigne una misión semejante. Las advertencias, tal vez fueron como un respaldo para él, y supongo que se habrá sentido capaz de la tarea encomendada. Sin embargo, lo que ocurrió fue muy duro, porque aun después de esas advertencias, Ezequiel no supo que hacer:

“Y llegué a Tel Abib, a orillas del río Quebar, donde vivían los israelitas desterrados; y durante siete días me quedé allí con ellos, sin saber qué hacer ni qué decir”

Ezequiel 3:15 DHH

Evidentemente Ezequiel se paralizó, y pasó una semana con la gente, sin saber qué hacer, ni qué decir. No importa cuán competente nos creamos antes de asumir el ministerio, cuando lo hacemos, llegamos a comprender que en realidad no sabemos qué hacer, o cómo hacerlo correctamente. Nos encontramos caminando con la mejor de

las intenciones, pero sospechamos que en algún punto, nuestra gestión puede fracasar.

Es duro comenzar un proyecto con toda la fuerza y todo el entusiasmo y al tiempo, sentirnos frustrados y con ganas de renunciar. Eso nos hace pensar que hemos fallado a Dios y al ministerio que nos encomendó la tarea. Cuando somos interrogados por alguna autoridad espiritual, es muy probable que le digamos que todo marcha bien, pero en el fondo sabemos que algo no está funcionando.

Si los procesos continúan, y es un hecho que así será. Nuestras oraciones pueden llegar a cambiar. Nos embargará la sensación de haber perdido una porción de nuestra fe, o que la unción no nos respalda como al principio. Nos llenamos de temor de que la gente se den cuenta que ya no tenemos ganas de brindarles tanto tiempo personal.

Nuestros mensajes, pueden cambiar, ya que sin pretenderlo, es probable que abramos nuestro corazón a través de las palabras, y expresemos nuestros sentimientos. Lucharemos para tener un mensaje más inspirado como al principio, pero es muy común que evidenciemos el desgaste.

Algunas de estas cosas, pueden llegar a ocurrirnos en la primera experiencia pastoral, aun así, sigo pensando que servir a Dios, es el privilegio más maravilloso que podemos recibir en esta vida. Solo creo que debemos adquirir sabiduría espiritual, y prepararnos con las herramientas adecuadas.

Nadie nos dijo que sería fácil, pero si tenemos un llamado, también recibiremos lo necesario de Dios para consumarlo.

Cualquier semejanza con la realidad de algunos, No es pura coincidencia, sino la evidencia de que alguien ya pasó por ahí, y sobrevivió en el intento. Los procesos pueden doler, pero el placer y la recompensa de ver a Dios obrando en su Iglesia preciosa, es ciertamente incalculable. Porque si persistimos en buscar la íntima comunión con Dios, no nos espera otra cosa que la gloria de Sus recompensas eternas.

“No falta quien me pregunte: ¿Dónde está la palabra del Señor? ¡Que se haga realidad! Pero yo no me he apresurado a abandonarte y dejar de ser tu pastor, ni he deseado que venga el día de la calamidad. Tú bien sabes lo que he dicho, pues lo dije en Tu presencia...”

Jeremías 17:14 al 16 NVI



Capítulo cuatro

LAS PRESIONES FAMILIARES Y EL ORDEN DE DIOS

*“Si tan solo pudiera terminar mi carrera y el ministerio
que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del
evangelio de la gracia de Dios”*

Hechos 20:24

Aceptar el llamado de Dios, a pastorear una congregación, sin dudas constituye uno de los más altos privilegios que podamos tener en la vida, esto lo mencioné anteriormente, y lo volveré a mencionar, porque no deseo dejar la impresión de que todo es malo en el ministerio, porque no es verdad. Lo que ocurre, es que estoy tratando sobre los problemas que surgen en el ministerio.

En condiciones normales, los pastores somos respetados, amados y muchas veces honrados por las actitudes de los hermanos. Eso es muy gratificante, porque más allá de los problemas que puedan surgir, uno puede sentir que posee una gran familia que siempre está presente. Además, todo servicio que brindemos a Dios en obediencia, producirá para nosotros recompensas eternas.

Sin embargo, el llamado pastoral puede ser observado desde distintas perspectivas, y algunas de ellas no son tan agradables como uno se puede imaginar, antes de asumir esas funciones, y esas son las que debo tratar en cada capítulo, porque eso es lo que le otorga sentido a este libro.

Las exigencias espirituales y naturales generadas en el ministerio pastoral, no solo son personales, sino también familiares. Todos identifican primeramente al pastor, y tal vez, puede ser quién ocupa un rol de máxima autoridad. Puede que sea el que más predica, o incluso en algunos casos, es el único que lo hace. Sin embargo, la pastora cumple con una función absolutamente vital. Incluso, conozco algunos casos, en los cuales la pastora es la que tiene un claro llamado pastoral, y su esposo es quién la acompaña y la asiste en todo.

Las pastoras desde el comienzo mismo, son ungidas como compañeras del ministerio de sus esposos. Generalmente, en la ceremonia misma de consagración, el énfasis principal, está puesto sobre el pastor. De hecho, muchas denominaciones, ni siquiera reconocen a las mujeres como pastoras, y por supuesto, esto lo atribuyen al mandamiento del mismo apóstol Pablo (**1 Timoteo 2:12 al 14**).

Sin embargo, en el Nuevo Testamento también muestra que las mujeres desempeñaban roles ministeriales importantes en la Iglesia Primitiva. Por ejemplo Tabita, puso en marcha un efectivo ministerio de benevolencia (**Hechos**

9:36). Las cuatro hijas solteras de Felipe eran profetisas reconocidas (**Hechos 21:8 y 9**).

Pablo mismo señaló a dos mujeres, Evodia y Síntique, como mujeres que combatieron juntamente con él en el evangelio (**Filipenses 4:2 y 3**). Priscila fue otra de las mujeres que Pablo consideró ejemplar entre sus *“compañeros de trabajo en Cristo Jesús”* (**Romanos 16:3,4**).

En **Romanos 16:6 al 12**, Pablo saluda a sus colegas ministeriales, entre los cuales muchas eran mujeres. En estos saludos, la palabra que Pablo usa para hablar del trabajo, o la labor espiritual de María, de Trifena, de Trifosa, y de Pérsida. Por otra parte, también reconoce a Febe, una líder de la iglesia en Cencrea, quien fue muy elogiada por Pablo ante la iglesia de Roma (**Romanos 16:1 y 2**).

Estas instancias de mujeres cumpliendo funciones de liderazgo en la Biblia, deben considerarse como un patrón aprobado por Dios, no como excepciones a sus normas divinas. Incluso un número de mujeres cumplían funciones de servicio junto a Jesús (**Lucas 8:1 al 3**), es claro que Jesús no hubiese permitido tal cosa, si no fuera aceptado por el Padre. Las Escrituras dejan en claro que Dios, en verdad llama a las mujeres a cumplir un rol de servicio espiritual.

En realidad, aunque algunos, incluso en nuestros días, no permiten que las pastoras prediquen, terminan considerando necesario que ellas oren por todos, que visiten

con su esposo a todas las familias, que ministren a las mujeres, a las jovencitas y a los niños. Que se ocupen de todas las tareas de organización de eventos, de decoración del salón, de la limpieza, de las provisiones, de las comidas, de coordinar los protocolos, etc. La pregunta sería, más allá de un mensaje de domingo ¿La mujer, pastorea o no pastorea?

El Espíritu Santo nos da sus dones y habilidades sin consideración de género (**1 Corintios 12:4 al 11**), incluyendo los dones de liderazgo y enseñanza (**Romanos 12:6 al 8**). Aunque algunos dones son una labor espontánea del Espíritu y otros son dones ministeriales reconocidos por el cuerpo, todos son dados para el servicio, más allá de las diferencias de género. Por ejemplo, el don de profecía es explícitamente tanto para mujeres como para varones: “*Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán*” (**Hechos 2:17**). El Nuevo Testamento confirma que las mujeres reciben y ejercen este don del Espíritu (**Hechos 21:9; 1 Corintios 11:5**).

Pero bueno, no deseo extenderme en argumentar sobre esto. De hecho si alguien tiene interés, puede leer mi libro titulado “Mujeres de Reino”. En este caso, no es mi tema tratar de explicar esto, a quienes puedan tener ciertas estructuras religiosas. Más bien deseo enfocarme en las dificultades que las mujeres y los hijos del pastor, enfrentan en el servicio a Dios.

Los ataques a la familia, sin lugar a dudas, son las pruebas más sensibles que debe superar todo pastor. Tal vez un hombre, puede afrontar ciertos ataques con mayor

facilidad, pero cuando estos ataques involucran a su familia la presión puede alcanzar grados insostenibles. Escuchar ciertas críticas a nuestra esposa, o absurdas demandas a nuestros hijos, es algo muy doloroso para un pastor.

Es claro que cada una de las situaciones que se puedan atravesar en el ministerio están contempladas bajo la mano soberana de Dios, no hace falta aclarar eso, pero saberlo, no nos libra del dolor. El conocimiento de las realidades espirituales, y los procesos que debemos enfrentar, no nos evita la angustia y la desilusión.

La familia pastoral, no está exenta de caer en los mismos errores que el resto de las familias de la iglesia. Sin embargo, las exigencias y los reclamos a la familia pastoral son diferentes. La gente pretende que el matrimonio pastoral sea perfecto, y que los hijos sean absolutamente ejemplares.

Es más, nadie utiliza tanto las Escrituras con cualquier familia, como con la familia pastoral. En las cartas de Pablo a Tito y a Timoteo, encontramos algunos pasajes, que son ordenanzas de parte de Dios para que un hombre, tenga un fuerte compromiso familiar como prerrequisito, para poder ser considerado apto para el ministerio. Esos pasajes bíblicos son el rápido argumento para descalificar cualquier error o conflicto en la familia pastoral.

“Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no

pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?”.

1 Timoteo 3:2 al 5

Cuando la Biblia enseña que el pastor debe gobernar bien su casa, algunos han entendido que el buen gobierno, es cuando alguien manda en todo y a toda la familia. Así también creen que debe tener a sus hijos en absoluta obediencia, pero en realidad, el gobierno del pastor como padre y marido debe estar en armonía con las situaciones lógicas y actuales.

Si pudiéramos viajar al pasado, encontraríamos en los tiempos bíblicos, una cultura familiar muy diferente a la actual. El gobierno era absolutamente patriarcal y autoritario. Las mujeres no solo estaban sujetas a sus maridos, sino sometidas a ellos. De hecho, muchos hombres tenían varias mujeres, por eso Pablo les enseña a rediseñar la familia conforme a la voluntad de Dios.

No era extraño en esa época, leer en las cartas de Pablo que la mujer debía callarse en la congregación, y no tener siquiera, el atrevimiento de enseñar las Escrituras a los hombres. Los hijos por su parte, no tenían voz, ni voto en nada, vivían bajo el gobierno absoluto de sus padres. Hoy todo eso ha cambiado, algunas cosas para bien, y otras se han deslizado demasiado, violentando nuevamente el diseño de

Dios. La laxitud moral, la falta de atención a la familia, la permisividad y la falta de disciplina tampoco muestran los valores bíblicos que deben acompañar al gobierno de la casa.

La familia pastoral, como toda familia cristiana, debe encontrar el sano equilibrio más allá de la cultura que opere en el sistema. Nosotros debemos vivir bajo la cultura del Reino y bajo los principios de Dios. Como dijo Pablo a los hermanos de Éfeso ***“sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todos los aspectos en aquel que es la cabeza”*** (Efesios 4:15).

Quienes somos ministros del evangelio, debemos gobernar nuestra casa con amor y con verdad. En colaboración con nuestra esposa, quien no debería tener ningún inconveniente en caminar a la par de un hombre de Dios, sujeto a los principios del Reino. Aun así, es lógico que ante todas las responsabilidades del hogar, sumadas a todas las presiones del ministerio, se produzcan conflictos, desacuerdos, o discusiones en el matrimonio.

Los hermanos generalmente piensan que los pastores nunca tenemos problemas matrimoniales. Tal vez por el hecho de ayudar a la gente, tanto a restaurar sus matrimonios, como a ordenar sus familias conforme al diseño divino, puede generar la sensación que nosotros tenemos todo absolutamente resuelto. En realidad eso es como pensar que un médico no puede enfermarse, porque ayuda a la gente a sanar.

Con respecto a los hijos, impartir la disciplina necesaria puede llegar a ser una difícil tarea, pero debemos encontrar el equilibrio para mostrar el amor de Dios, a la vez que enseñamos a nuestros hijos sobre la justicia y la santidad. Por otra parte, es genial cuando esto, puede realizarse desde que los niños son bien pequeños, porque las posibilidades de que caminen en rectitud son mucho mayores.

No obstante eso, hay muchos pastores que conocieron al Señor de grandes, o que tienen hijos que ya son grandes, y debemos considerar que nuestros hijos, al igual que nosotros, deben pasar por sus propios procesos de vida. Incluso la vida espiritual de nuestros hijos no está condicionada por la nuestra.

Yo he conocido a muchos hijos de pastores o líderes con profundos problemas de conducta personal. Eso no significa que los padres los hayan educado mal. Cuando los hijos crecen, toman sus propias decisiones, y muchas veces se apartan de la fe, y entran en lamentables procesos de rebelión. En tales casos, debemos orar y confiar en que Dios está en control de todo, y que a su tiempo los traerá transformados por Su poder.

Cuando cosas como esas pasan, la gente se vuelve algo despiadada, porque critican duramente a esos hijos rebeldes, y cuestionan la labor de los padres. Incluso al predicar, los pastores tenemos la responsabilidad de enseñar conforma a la Palabra, más allá de lo que podemos estar viviendo. Hay

hermanos que no comprenden eso y facturan cualquier dificultad, o cualquier concepto de la enseñanza.

Por ejemplo, he oído de críticas a pastores por predicar que Dios sana, si ellos están enfermos. Por predicar que Dios prospera si están pasando por una crisis financiera. Por predicar sobre el bienestar familiar si hay problemas en curso. Eso es muy injusto y ciertamente duele, pero sucede. Todos los ministros del evangelio estamos expuestos y en algunos casos, juzgados duramente cuando hay algún problema.

Muchos pastores se esfuerzan por sostener todo en la órbita del orden divino, pero en el intento, suelen presionar demasiado a sus esposas y a sus hijos. Esto reciente el matrimonio y suele quebrar la relación con los hijos. He visto matrimonios pastorales sostenidos solamente por causa del ministerio, pero perseveran sin amor. He visto a hijos tan presionados durante años, que al final se apartaron de la fe por causa de todo lo vivido.

Por ejemplo, hay pastores que no permiten que ninguno de los miembros de su familia, falten a una reunión, y algunos días eso es necesario. Congregarse es muy importante, pero la vida espiritual, va mucho más allá que no faltar a un culto. Todos los hermanos hacen eso. Si están muy cansados, si tienen un malestar físico, si sus hijos tienen que dar un examen, si tienen algún compromiso con otros familiares, simplemente faltan a la reunión, pero algunos pastores, no permiten eso con ningún miembro de su familia,

y son tan rígidos con esas cosas, que al final las relaciones familiares se resienten.

Los hijos de los pastores, suelen ser los primeros en llegar a la reunión, porque el padre debe abrir la Iglesia, y son los últimos en irse, porque el padre debe cerrar la Iglesia. La situación se agrava cuando al final de la reunión, sus padres se ocupan de ministrar a algunos hermanos, o tienen que organizar algunas tareas con los líderes del ministerio.

He visto a hijos de pastores sentados en el salón durante horas, hasta que sus padres se desocupan. He visto a las pastoras tener que desatender todas las tareas del hogar, hasta terminar con las innumerables actividades de la congregación. Luego todos esperan que ella sea buena ama de casa, mamá, esposa, cocinera, lavandera y planchadora. Realmente es una dura tarea el llevar adelante la familia con las presiones del ministerio.

Las necesidades que deben cubrir los pastores en la iglesia siempre son mayores, que las que se pueden cubrir durante todo un día. Las urgencias deben ser atendidas, y siempre surgen imprevistos que acrecientan esa presión. Los pastores suelen luchar con la tensión producida, entre las necesidades de la iglesia y las necesidades de su propia familia.

Todos queremos servir a Dios con excelencia, y queremos complacer a los hermanos, para que aprueben nuestro proceder. Sin embargo, si asumimos la asignación de

agradarle a todos, y si procuramos complacerlos, ocupándonos de todos sus problemas, seremos absorbidos por el estrés y el quebranto personal.

Estas tensiones no son solo propias de la sociedad contemporánea, muchos ministros del evangelio a lo largo de la historia también han tenido que lidiar con estas tensiones, incluso aquellos que tuvieron éxito ministerial, o trascendieron como generales de la fe. Por ejemplo, la vida de John Wesley, es un ejemplo clásico de contraste entre sus logros ministeriales y su vida familiar.

En una anotación en su diario correspondiente al 19 de marzo de 1751, escribió lo siguiente: *“No concibo que un predicador metodista pueda excusarse delante de Dios por predicar un sermón menos, o hacer un viaje menos, por la razón de ser casado en vez de soltero. A este respecto, ciertamente, sobra decir que los que tienen esposa sean como si no la tuvieran”*. Esto parece un elevado grado de espiritualidad radical, pero las consecuencias de su filosofía con respecto al matrimonio fueron catastróficas. La relación con su esposa Molly fue un desastre durante la mayor parte de su vida, y si bien fue un buen ministro, es claro que fue un mal esposo.

También tenemos al gran evangelista Whitefield quién se casó bastante tarde en su vida para que su matrimonio no interfiriera en su labor ministerial. Whitefield consideraba que su matrimonio era un obstáculo fastidioso para el

desarrollo del ministerio, lo cual evidenciaba su egocentrismo, respecto del servicio a Dios.

Otras esposas, tuvieron peores circunstancias debido a las demandas de la obra misionera, tal como la esposa de William Carey, quién terminó perdiendo la razón quedando completamente loca. Así también la esposa de John G. Lake quién sufrió un profundo abandono debido a la entrega de su marido al ministerio, teniendo varios hijos, padeció terribles enfermedades. Es más, podría citar algunos otros ejemplos de matrimonios pastorales actuales y muy conocidos, pero no lo creo necesario. La idea simplemente es comprender que el pastorado puede llegar a ser muy destructivo si no se lo gestiona con sabiduría espiritual y dirección divina.

Citar algunos ejemplos con nombre y apellido, no persigue la intención de criticar a estos ministros. Por el contrario, los cito porque fueron extraordinarios hombres de Dios. A través de ellos debemos aprender, que por más ungidos que podamos ser en el ministerio, podemos fallar como esposos, o como padres.

Casos como los de ellos, nos alertan de los peligros que conlleva no operar bajo los principios bíblicos en la familia. Es importante ser equilibrados en el ministerio, y llevar a la práctica todos los principios bíblicos en la casa. Si le pasó a ellos, también nos puede pasar a nosotros.

Hay demasiadas presiones espirituales para quienes deseamos servir a Dios con verdadera pasión. No podemos

enfrentar esas presiones con una mala gestión del tiempo y de las emociones. Debemos procurar un panorama práctico y sabio. La vida no se maneja por versículos, sino buscando y poniendo por obra las directivas de Dios. Si deseamos vivir Reino, debemos escuchar a Dios y para hacerlo, debemos pasar tiempo de calidad en Su presencia.

Hace unos años atrás se enseñaba a los discípulos que aspiraban a servir a Dios, con una lista que procuraba brindar un equilibrio sano en el orden de prioridades. En realidad muchos la siguen enseñando de la misma forma, pero yo deseo mencionarla, y luego enumerar algunas cuestiones que me parecen claves para una vida de Reino. Esa lista es enseñada de la siguiente manera: Primero Dios, segundo la esposa, tercero los hijos, cuarto los padres y el resto de la familia, quinto la Iglesia y por último, el mundo y sus demandas.

Dicen que primero es Dios, lo cual es correcto, ya que la Biblia enseña que Dios debe ocupar ese lugar. En **Deuteronomio 6:5** dice: *“Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.”* Todo el corazón, el alma y las fuerzas de uno deben ser entregados a nuestro amoroso Padre Celestial.

Segundo es el lugar concedido al cónyuge. Quienes enseñan con esta lista dicen que en el matrimonio es donde comienza una nueva familia, por lo tanto el marido debe de amar a su esposa así como Cristo amó a la iglesia (**Efesios**

5:25), y que de la misma manera, las esposas deben someterse a sus esposos como al Señor (**Efesios 5:22**).

Tercero, enseñan que los hijos deben ser la tercera prioridad. Si un matrimonio tiene hijos, sus hijos deben ser los siguientes en la lista. Los padres deben criar hijos piadosos que serán la próxima generación de aquellos que aman al Señor con todo su corazón. (**Proverbios 22:6; Efesios 6:4**).

En cuarto lugar, ubican a los padres, ya que el primer mandamiento con promesa, nos dice, *“Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”* (**Éxodo 20:12**). La enseñanza destacaba que después de los padres viene el resto de la familia o parientes (**1 Timoteo 5:8**).

En quinto lugar, ellos ubican a la Iglesia, ya que el apóstol Pablo, instruye sobre cómo la iglesia debe vivir junta en armonía, amándose unos a otros, dando claros consejos sobre cómo los hermanos y hermanas en Cristo debemos servirnos mutuamente *“por amor los unos a los otros”* (**Gálatas 5:13**). *“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras”* (**Hebreos 10:24**).

En sexto lugar, ubican al mundo, o la sociedad, considerando que ese ámbito debe ser nuestra última prioridad, pero que también importante, porque debemos cumplir con nuestras responsabilidades, a la vez que también

debemos evangelizar (**Mateo 28:19**), Dios nos ha ordenado amar al prójimo y alcanzarlos con las buenas nuevas de salvación.

Por lo tanto, esta enseñanza contempla que el orden de prioridades debe ser Dios, el cónyuge, los hijos, los padres, la familia extendida, los hermanos y hermanas en Cristo, y por último el resto del mundo. Yo puedo ver las buenas intenciones, pero mi cuestionamiento es el siguiente.

Yo creo, que tratándose de la vida, toda lista debe ser relativa. No se puede generalizar, ni diagramar todo como si la vida fuera una simple estructura. Hay situaciones muy específicas que debemos administrar diariamente, y que contienen innumerables variantes. En realidad, yo creo que la cosa es así: Primero el Reino de Dios y en el Señor todas las cosas, fuera de Él nada.

Ahora bien, si nos ubicamos en Cristo (**Hechos 17:28**), solo debemos procurar lo que Él ordena: *“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”* (**Mateo 6:33**). Aquí es Dios, quién nos pone el orden de prioridades correcto. Es el Reino y punto, todo lo demás, debe ir en el orden que Dios determine en cada tiempo y ocasión.

No se debería separar a Dios del matrimonio, ni de los hijos, ni de la iglesia, ni de la tarea evangelística. Todo tiene que ver con el Reino, de lo contrario no hemos comprendido nada. Debemos procurar un matrimonio de Reino, hijos de

Reino, familias de Reino, Iglesia y actividades de Reino. No hay un orden, más que el que Dios establezca, cada día y en cada instante.

Hay momentos en los cuales, el Señor nos reclamará para la intimidad con Él, y no negociará eso. Hay momentos en los cuales nos guiará a brindar tiempo de calidad a nuestro conyugue. Hay momentos que nos demandará la atención para nuestros hijos. Hay momentos que seremos enviados a honrar a nuestros padres.

Hay momentos que nos enviará de paseo con nuestra familia, pero hay momentos en los que nos demandará estar primero en las reuniones. Hay momentos en los cuales será la evangelización, o alguna misión con propósito. Todo depende, no hay una lista en el Reino, hay una sola y perfecta voluntad, que va mudando según el Soberano lo requiera en cada momento.

Yo creo que en el Reino todo tiene su tiempo, y todo tiene su hora debajo del sol (**Eclesiastés 3:1**). Si somos sensibles a la voz del Espíritu Santo, encontraremos el equilibrio sano y sabio para gestionar el ministerio, la familia y las tareas que Dios nos asigne. Si le damos prioridad a nuestra íntima comunión con el Señor, todo se ordenará y todo se acomodará bajo sus directivas.

No debemos hacer todo, no debemos tocar todo, ni decir todo, en todo momento. Solo debemos pasar tiempo de calidad con Dios, tal como Jesús lo hacía. Él tuvo miles de

demandas de la gente necesitada. Sin embargo, primero estaba a solas con el Padre quién le expresaba Su voluntad, y luego caminaba según era guiado por el Espíritu Santo. La sabiduría espiritual y el discernimiento provienen de Dios. Si Él es el primero, todo lo demás hallará su orden correcto.

***“La sabiduría es lo primero. ¡Adquiere sabiduría!
Por sobre todas las cosas, adquiere discernimiento”.***

Proverbios 4:7



Capítulo cinco

MI PAPÁ NO TRABAJA MI PAPÁ ES PASTOR

“Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio”

1 Corintios 9:14

Cuando yo era un evangelista soltero, estuve viviendo en Buenos Aires, en la casa de un pastor. Su familia, luego a ser mi familia y ciertamente viví tiempos muy lindos junto a ellos. Un día pasaron por la casa, dos personas haciendo una encuesta de parte del gobierno provincial. En esa encuesta hicieron algunas preguntas sobre la familia, pero solo hablaron con la hija del pastor, porque casualmente, fue ella quién los atendió.

Una de las preguntas que le hicieron fue: ¿A qué se dedica tu papá? ¿Cuál es su trabajo? A lo que ella respondió: ¡Mi papá no trabaja, mi papá es pastor! Cuando nos enteramos de esa respuesta, nos causó mucha gracia, porque nos dimos cuenta del concepto que la hija tenía, acerca de la tarea pastoral, y pensamos que tal vez, mucha gente pensaría igual que ella sobre tal asunto.

Recuerdo que junto al pastor, hablamos mucho en ese tiempo, no solo para que la hija del pastor pudiera entender lo compleja que era la tarea pastoral que desarrollábamos, sino para que algunos hermanos tomaran consciencia de esa realidad. En aquel tiempo yo era como un pastor auxiliar, y juntos atendíamos la congregación central, varios anexos, células, hacíamos consejería todas las semanas y reuniones diarias de oración. Teníamos un programa radial todas las mañanas, y siempre estábamos realizando eventos y campañas en diferentes lugares para evangelizar.

En eso días, y por causa de esa graciosa situación vivida, también hablábamos entre nosotros, de lo realmente difícil que era la tarea ministerial. La gente suele pensar que los pastores tenemos la tarea de predicar el domingo, y que durante la semana visitamos o atendemos a algunas personas. Escuchamos sus problemas, luego los aconsejamos y nada más. Pero eso no es cierto, hay complejidades que son difíciles de explicar.

En verdad, pensar que el pastorado es fácil, está muy lejos de la realidad espiritual que se vive en el ministerio. Las presiones espirituales son muy grandes y muy difíciles de sobrellevar. Lo natural, genera carga mental y cansancio físico, pero lo espiritual produce opresiones difíciles de describir. La gente no comprende que la calidad en el ejercicio del pastorado tiene que ver con la consagración y dedicación que le brindemos al ministerio, y lamentablemente, muchos pastores tienen trabajos extras para sobrevivir, lo

cual les hace imposible, mejores tiempos de calidad con Dios.

El mandato del Señor, como vimos en **1 Corintios 9:14**, es que los que anunciamos el evangelio, vivamos del evangelio. Lo cual no es algo que se le ocurrió a Dios para que la gente tenga que mantenernos. En realidad es una orden del Señor por causa de la calidad que vamos a ofrecer en el ejercicio pastoral. No es lo mismo, alguien que está absolutamente consagrado a Dios, como los sacerdotes el Antiguo Pacto, que ser un pastor de medio tiempo.

Por ejemplo, si tuviéramos que realizarnos una operación de vesícula, y el médico cirujano nos dijera: Bueno yo puedo realizar la operación mañana por la tarde, porque a la mañana hago trabajos de albañilería. ¿Ustedes se operarían? ¿Acaso es lo mismo un cocinero que por la mañana hace trabajos de plomería que un chef de tiempo completo? ¿Es lo mismo un odontólogo que por la mañana es pintor de obras, que un profesional? Seguro que no ¿Verdad?

¿Cómo podemos pensar que es lo mismo un pastor de tiempo libre que un profesional absolutamente consagrado? Yo comprendo a los pastores que no dejan sus trabajos particulares, y que en algunos casos dicen no querer depender de los hermanos, para que nadie tenga nada que decir de ellos, pero eso no es lo que ordenó el Señor.

La Iglesia debería tener esto muy en claro, debería sostener a su pastor, porque ese es el mandamiento de Dios,

y debería hacerlo dignamente. Es triste que los mismos hermanos se encargan de murmurar de los pastores, como si ellos quisieran aprovecharse de los diezmos y ofrendas para no hacer nada más que vivir de la Iglesia, pasando mucho tiempo libre descansando en sus casas.

Los hermanos que piensan y actúan de ese modo, criticando a sus pastores, no se dan cuenta que en realidad, lo que están haciendo va contra el diseño de Dios. Yo soy ministro del evangelio hace muchos años y trabajo tiempo completo, desde mi primer año como evangelista. Nunca jamás me ha faltado nada, Dios siempre me ha sostenido, a pesar de todo cambio que he experimentado en el ministerio.

Por supuesto, también he padecido las críticas de los ignorantes, pero eso no es lo que debe determinar nuestra obediencia. No podemos desobedecer a Dios por lo que pueda decir la gente, mucho menos, cuando lo que puedan decir son mentiras. Nosotros no deseamos sacarle dinero a la gente, nosotros somos obreros de Dios, y el obrero es digno de su salario (**1 Timoteo 5:18**).

La Palabra dice que los que trabajan para el altar, deben vivir del altar (**1 Corintios 9:13**), y que no se le debe poner bozal al buey que trilla (**1 Corintios 9:9**). Si alguien no entiende esto, lo cuestiona o está en contra, no es nuestro problema. Nosotros debemos hacer lo que Dios dice. No solo por una cuestión económica, para que nuestra economía sea de fe, sino por la calidad de unción operativa en nuestras vidas.

Yo le puedo asegurar a todo pastor, que se dedica a sus labores, y luego hacer tareas pastorales en tiempo libre, no funciona igual que alguien que vive completo para Dios. La revelación, la unción y la dinámica del ministerio cambian por completo. Reitero el tipo de ejemplo: Cualquiera de nosotros puede calzarse unos botines y juntarse con unos amigos para jugar un partido de fútbol, pero no cualquiera puede jugar un mundial. Los jugadores profesionales, entrenan, comen, descansan y respiran para el fútbol. Son profesionales y sus capacidades no se comparan con quienes jugamos para entretenernos un rato.

Sin importar lo que diga la gente, los pastores debemos trabajar tiempo completo para el Señor, y los hermanos deberían considerar esto como todo un privilegio para ellos, al poder sostener a la familia pastoral, tal como el Señor ordenó. Les puedo asegurar que si eso fuera normal y asumido, los pastores serían mucho más efectivos en sus ministerios, y la bendición financiera sería notable sobre los hijos de Dios.

Por otra parte, debo aclarar que los pastores de grandes ministerios, o mega-iglesias, viven tiempo completo para Dios, pero en muchos casos abusan de esa posibilidad. Los pastores no deberían ser millonarios, no porque sea pecado, o porque no puedan lograrlo, sino porque no hay lugar para la vanidad cuando estamos enfocados en nuestra tarea espiritual. Créanme que no glorifica a Dios, que en un mundo

con tanta necesidad, incluso con necesidad entre los hermanos de la Iglesia, haya pastores multimillonarios.

Lo que debería ocurrir en esas mega-iglesias, es que ante tantos ingresos financieros, no solo el apóstol, o pastor principal viva a tiempo completo, sino también varios pastores del ministerio, incluyendo algunos líderes, intercesores, adoradores y misioneros. A la vez que deberían tener una buena fuente de distribución para los necesitados.

Los pastores obscenamente millonarios han dado mucho que hablar a la gente, y eso no ha sido bueno. La espiritualidad nada tiene que ver con los millones. Es más, yo considero y enseño que deberíamos ayudar a los hermanos a avanzar hacia las riquezas del Reino, y ojala tuviéramos muchos hermanos verdaderamente pudientes, porque estos podrían contribuir al avance del Reino.

La Iglesia no está ajena al sistema y los recursos financieros son absolutamente necesarios para todo. De hecho, lo dijo claramente Salomón: ***“El dinero sirve para todo” (Eclesiastés 10:19)***. Sin embargo, no debemos ser los pastores, los millonarios que vivamos en lujosas mansiones, teniendo extraordinarias colecciones de autos, yates y aviones. Nosotros debemos vivir bien, pero no de manera ostentosa, solo debemos estar enfocados en el ministerio.

Ahora bien, aclaro esto, porque en ocasiones es lo que más destaca, pero es evidente que no hay tantos pastores millonarios, ni mega iglesias por todos lados, la mayoría de

las congregaciones por todo el mundo están constituidas por pequeños grupos de personas. Por tal motivo, en muchos de estos casos, los recursos financieros disponibles, no son suficientes para soportar los gastos de la familia del pastor.

Esto da lugar, a que muchos pastores no puedan vivir tiempo completo para el Señor, sino que, aunque desean obedecer a Dios, la Iglesia no puede proveerles un ingreso digno para mantener a sus familias. Están obligados a trabajar de otra cosa que nada tiene que ver con el ministerio, y eso les demanda un gran porcentaje del potencial.

Otros sin embargo se lanzan confiando en que Dios proveerá para sus necesidades personales, y se dedican tiempo completo al ministerio, aunque la situación financiera no les acompañe. Estas son decisiones personales muy importantes que sin duda son mucho más fáciles de tomar para un ministro que está soltero que para uno que está casado y con hijos. Esto lo expreso por mi experiencia personal.

Muchos admiraron la forma en la que me desprendí de todo y me fui lejos de mi casa y de mi familia, para servir a Dios en total dependencia. Sin embargo, yo era soltero, y si bien igualmente para mí fue todo un desafío, no sé qué hubiera hecho si estaba casado y con un par de hijos. De todas maneras, creo que lo que termina definiendo todo, es que Dios hable claramente. Cuando lo hace, se activa nuestra fe, y eso es todo lo que necesitamos.

He conocido a muchos pastores que aceptaron el desafío de vivir del evangelio, dependiendo absolutamente de la bendición divina. Sin embargo, hay algo muy curioso que quisiera destacar. Todos ellos han obrado con una clara medida de fe, porque todos se soltaron de la supuesta seguridad que produce un trabajo independiente.

Las historias de estos pastores, pueden ser muy diferentes, pero el principio es el mismo, ser obedientes a Dios y aprender a depender de Él. Sin embargo, hay algunos que logran vivir sin sobresaltos económicos, avanzando en sus proyectos personales, y otros los he visto pasar por muchas necesidades.

No me refiero a las posibilidades que pueda brindar un territorio. Es decir, es lógico que un pastor en Estados Unidos, pueda tener un mejor pasar que uno en el conurbano bonaerense de Argentina, o en una congregación de Zambia. Eso puede ocurrir, porque por más que vivamos en bendición y dependencia divina, los territorios pueden llegar a limitar mucho el desarrollo económico. No pueden limitar la provisión de Dios sobre nuestras vidas, pero si el avance financiero.

Deseo analizar, la diferencia que pueden llegar a tener dos pastores de una misma ciudad, preguntándome: ¿Qué hace que uno pueda ser próspero y vivir en abundancia, a la vez que otro pueda estar en escasez durante años? Eso es muy común en personas sin Dios, porque el sistema en el que vivimos es bastante despiadado, y así como tenemos gente

muy rica, en la misma ciudad podemos tener gente muy pobre, pero mi interés, está en la vida económica de algunos pastores. Me interesa exponer algunas causas, que producen que pastores sirviendo al mismo Dios, puedan llegar a vivir en condiciones tan diferentes habitando un mismo territorio. He visto eso muchas veces, y me gustaría explicar los motivos que creo, producen estas situaciones.

En primer lugar, los pastores somos como cualquiera de los hermanos en la fe. Tener un llamado al ministerio, y obedecer a Dios dejando todo para servirlo tiempo completo, procurando una total dependencia financiera, no nos hace especiales, o exentos de cumplir con los principios del Reino.

Ante todo debo aclarar, que en el Reino no hay legalismo, pero hay legalidad. El camino de la fe, y los principios del Reino son para todos. No hay excepciones. Es más, yo diría que por el contrario, los pastores somos los primeros que deberíamos vivir cumpliendo los mandamientos y poniendo por obra los principios financieros de Dios.

Yo he visto, que así como hay pastores que predicán sobre la unidad de los hermanos, pero ellos no se unen con otros pastores, hay quienes predicán sobre el dar, pero ellos no dan nada. He visto a pastores buenos, íntegros y serviciales, pero lamentablemente, he llegado a comprobar que son totalmente temerosos y tacaños. La Palabra de Dios dice:

“Hay quienes dan con generosidad y reciben más de lo que dan; pero hay quienes son tacaños y terminan en la pobreza”.

Proverbios 11:24 PDT

Este es uno de los muchos principios financieros que debe ser cumplido por todos, no hay excepción para los pastores. Muchos pastores enseñan esto, pero ellos no dan, solo ocupan una posición de recibir en el nombre de Dios. Incluso he visto pastores frustrados y enojados contra los hermanos, diciendo que son avaros, pero en realidad, ellos son quienes deberían dar el ejemplo con sus vidas.

Yo he visitado en muchas ocasiones, una ciudad del sur de Argentina, en la cual hay un standard de vida muy bueno en los habitantes. En esa ciudad he ministrado varias veces en dos congregaciones, que están a pocas cuadras de distancia entre sí, y las dos tienen más o menos la misma cantidad de hermanos. Ambos pastores también viven tiempo completo para Dios, pero todo es muy diferente entre ellos.

Una de esas congregaciones tiene una familia pastoral muy prospera, y los demás hermanos, en su gran mayoría también lo son. El salón tiene las mismas dimensiones que la otra iglesia, pero este, se encuentra primorosamente decorado, bien pintado, con buenas cortinas, con buenas sillas, con una hermosa plataforma toda alfombrada, con buenos equipos de sonido y una excelente iluminación.

La otra congregación tiene a una familia pastoral con muchas necesidades, yo estuve en la casa de ellos, y tenían paredes sin revocar, solo tenía un piso de cemento, con todos los cables por fuera, y con ambientes cargados de humedad. El pastor me contó que llevaba unos años, tratando de terminar la casa, pero que no encontraba la forma de hacerlo, porque los recursos no le alcanzaban. De hecho me contó, que se bañaba utilizando una lata con agua, porque no tenía ni una ducha para bañarse dignamente.

El salón de reunión tenía un gran potencial, pero todo estaba sin terminar, las sillas eran plásticas, el sonido era malo, las luces eran peor. Las paredes estaban sin pintar y los instrumentos de los músicos eran ordinarios. Lo peor de todo, es que la gran mayoría de los hermanos de esa congregación se veían en la misma condición de necesidad.

Fue muy impactante para mí, ver tantas diferencias en dos congregaciones de una misma ciudad y a pocas calles una de otra. Entonces me propuse investigar los motivos. Pasé bastante tiempo con los pastores y hable con ambos al respecto. No les dije lo que había visto en la otra congregación, pero hable con ellos, sobre el tema financiero, tal como si no estuviera tratando de descubrir nada.

Esta fue mi conclusión: La Iglesia prospera tenía un pastor que a pesar de las críticas enseñaba bastante sobre finanzas. Él me dijo que mucha gente lo había cuestionado por sus enseñanzas, pero que él, solo procuraba enseñar lo que consideraba como verdaderos principios bíblicos. Luego

me dijo algo así: *“Hay gente que se fue enojada, porque no les gusta que se hable de dinero en la Iglesia, pero otros se quedaron, aprendieron y pusieron por obra mis enseñanzas. Estos hermanos aprendieron a dar, y hoy son gente prospera, que ya no cuestiona el tema, porque les resulta, y además ellos me ven que yo soy el primero en dar mucho...”*

El otro pastor, me dijo que a él, no le gusta hablar de finanzas en la Iglesia, porque a mucha gente no le caía nada bien que en todas las reuniones les pidieran dinero. Me dijo que ni siquiera levantaba la ofrenda haciendo mucho hincapié en el asunto. De hecho, yo mismo comprobé eso. El pastor me dijo que a él no le importaba el dinero, y cada vez que los visitaba me daban una ofrenda ciertamente miserable. Recuerdo que el pastor, siempre se terminaba disculpando por lo poco que me daban, diciéndome que le gustaría darme más, porque valoraba mi trabajo, pero que lamentablemente no tenían.

Yo hablé con este pastor, los visité varias veces, incluso acepté hospedarme en una casa de familia. Les traté de enseñar sobre el tema, y le dije que si me permitía ayudarlo yo podía enseñarle a cambiar las finanzas de la iglesia. Le expliqué que no era una cuestión de recaudar dinero, sino de enseñar finanzas de Reino, que si los hermanos aprendían principios de Dios, no solo darían mucho más, sino que serían prosperados por eso.

Quienes me conocen, saben que yo no creo en el evangelio de la prosperidad, pero creo que el evangelio del

Reino nos puede prosperar. Que prosperidad no es simplemente tener mucho, sino saber tener y saber para qué tener.

Yo le ofrecí a este pastor darle algunas escuelas a toda su gente, y le dije que si me invitaba cada cuatro o cinco meses, no debía disculparse porque en las reuniones se levantaba poca ofrenda. Le dije que se prepararan, que no dependieran de una reunión para bendecir a un predicador invitado, sino que prepararan con anterioridad una ofrenda digna, y que Dios los iba a recompensar por eso.

Yo le demostré con mis visitas, que no perseguía ningún interés financiero. Que visitarlos a ellos, me impedía dar fecha a otros lugares que me estaban solicitando. En realidad yo veía mucha necesidad y por tal motivo quería ayudarlos. Sin embargo, el pastor no volvió a llamarme, traté de comunicarme con él, pero no me atendía, entonces comprendí que había decidido no seguir adelante con mi ayuda.

No tuve ningún problema con eso, no me molestó en absoluto, pero me extrañó que ni siquiera me llamara para explicarme su decisión. En fin, yo seguí visitando esa ciudad, pero nunca supe más nada de ese pastor y de su gente. Pasaron unos años, y estando en otra ciudad, un hermano me contó que este pastor había dicho en el consejo pastoral, que yo solo andaba tras el dinero y que por tal motivo, no quiso saber más nada de mí.

Bueno, no me sorprendí por eso, solo deseo mostrarles de qué forma, un pastor, puede levantar fortalezas mentales contra el bienestar financiero. Por otra parte, debo decir que ese pastor que no quiso recibir enseñanzas financieras, no es alguien desinteresado por el dinero, por el contrario. Yo lo escuché quejarse de la falta de revelación de los hermanos sobre el tema financiero. Ese pastor está herido, pasa necesidad, se frustra, se enoja, y además, es el primer tacaño de la iglesia.

Lo que es peor, es que gente así, tiene a toda la congregación en un permanente estado de miseria. Ellos pueden pensar que son más santos, pero en realidad, solo son ignorantes. Ellos creen que hacen bien, no dando que hablar a la gente, pero no actúan como Jesús. Es claro que al maestro, le importaba más lo que decía el Padre, que lo que podía decir la gente. Nunca vivió por el qué dirán, solo vivió para hacer la voluntad del Padre.

Quienes deseamos servir a Dios de manera efectiva, debemos encontrar un equilibrio en este tema. No podemos decir que no nos interesa la opinión ajena y vivir obscenamente millonarios. Pero tampoco debemos oír a todos y vivir en miseria para no ofender. Solo debemos dejarnos guiar por el Espíritu Santo y obtener un sano equilibrio espiritual.

Si los pastores desean vivir tiempo completo para Dios, y hacerlo en bendición financiera, deben enseñar sobre el tema, utilizando bien las Escrituras y sin manipular la

enseñanza con el fin de recaudar dinero. Quienes hacen eso, pueden obtener finanzas, pero también obtendrán gente que darán sin recibir nada a cambio, ya que actuarán por el impulso emocional del alma, y no por revelación espiritual. Es fácil descubrir cuando un líder está haciendo eso, porque él despega financieramente, pero su gente no.

Cuando no hay revelación, no hay vida en nada de lo que el pueblo pueda hacer. Ningún pastor debería desear dinero dado por simple emoción. Por otra parte, los pastores deberían ser los primeros en dar abundantemente, porque si no lo hacen, es evidente que enseñan pero no han recibido ellos primero la revelación. En tal caso ¿Cómo dar luz sin tener luz?

Por último, es bueno para los pastores, tener un líder espiritual sobre ellos. Alguien que les ayude en el ministerio, que los guie con sabiduría y que no tenga intereses personales sobre ellos. Si lo tienen, los pastores deberían dar sus finanzas a ese líder. No deberían ponerlo en el mismo alfolí del cual luego sacan el sueldo. Es decir, deben ofrendar como todos los hermanos, pero sus porcentajes financieros de fe, deberían ir a manos de su autoridad espiritual.

Yo sé que parece mejor depositarlo en la Iglesia que en las manos de un hombre, pero un pastor que haga eso, comete un error. Las finanzas en el alfolí servirán para cubrir todos los aspectos de la obra y el bienestar y comodidad de los hermanos, pero las finanzas en las manos de un mentor, son finanzas utilizadas por Dios, para bendecir a sus obreros.

Es muy importante que los pastores sirvamos tiempo completo al Señor, pero también es muy importante, que lo hagamos con sabiduría y sin pasar necesidades. El seno del hogar pastoral con escasez es muy triste. Genera inseguridades en el matrimonio, y los hijos entran en la confusión de escuchar continuamente de un Dios poderoso y generoso, al mismo tiempo que ven las necesidades en sus padres, y todas sus imposibilidades.

“Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también facultad para que coma de ellas, y tome su parte, y goce de su trabajo, esto es don de Dios. Porque no se acordará mucho de los días de su vida; pues Dios le llenará de alegría el corazón”.

Eclesiastés 5:19 y 20



Capítulo seis

EL SÍNDROME DEL SÚPER PASTOR

“Porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba”.

2 Corintios 2:18

Quienes asumimos el pastorado, generalmente comenzamos siendo muy entusiastas, con Dios y con la gente. Procuramos una buena comunión con el Señor, porque nos comprometemos a realizar toda tarea bajo Su bendición, y procuramos agradar a las personas, porque pensamos que de esa manera se sumaran a la congregación y a su vez, traerán a familiares y amigos.

Todos en algún momento caímos en el error de querer resolverle los problemas a la gente, para que nos vean como buenos pastores. En el afán de resolver problemas procuramos convertirnos en una especie de “Superhéroes”. Gente especial que resuelven problemas. Superman usaba una capa, nosotros nos ponemos un saco. Thor utilizaba un

martillo, nosotros una Biblia. Todos los superhéroes tienen poderes, nosotros tenemos la unción sobrenatural de Dios.

Lo expreso con cierta ironía, pero la tendencia es la misma, resolver problemas. Es por eso, que admiramos mucho a los ministros “Súper ungidos”, porque ellos pueden resolver más problemas que nosotros. Cuando aparece uno de esos, juntamos dinero, tomamos un avión y vamos a verlo, con la esperanza que nos toque y nos transmita un poco de sus súper poderes.

Muchos pastores quieren ser Súper Héroes, quieren ser admirados y cuando predicán, cuentan sus súper hazañas. Es por eso que compiten con otros, que inventan milagros, inventan unciones, y provocan manifestaciones manipulando a la audiencia. Lo importante es ser admirados, sobre todo, cuando antes de ser pastores, fuimos personas comunes, cargadas de problemas, que ahora decimos haber resuelto a través del poder que ostentamos.

Muchos pastores caen en la tentación de caminar sobre las aguas a pedido de su gente, tal como hizo Pedro (**Mateo 14:28 al 30**), Sienten la presión de hacer y ser lo que otros muestran en televisión, sin comprender que los de la tele, también tienen sus problemas, y que no todos los asistentes son sanados en esos gloriosos eventos multitudinarios, solo nos muestran los que son convenientes mostrar.

No estoy criticando eso, es lógico que si transmitimos un evento evangelístico, mostremos los testimonios de

sanidad. No vamos a mostrar al que vino enfermo y se fue igual a su casa. Tampoco se me ocurriría sugerir que los milagros son simulados, yo creo de manera ferviente en el poder de Dios, y en los dones del Espíritu Santo para sanar, para liberar y por supuesto, para salvar. Solo estoy expresando que no deberíamos idolatrar a nadie, tal como si esos hermanos, fueran seres venidos del tercer cielo.

Tener esa actitud de súper pastores, es muy peligrosa, porque en realidad, no somos súper nada. Somos hermanos con las mismas debilidades y flaquezas que el resto de los santos. Solo que tenemos un llamado ministerial, y para cumplir con él, Dios nos ha otorgado algunas capacidades espirituales. Su respaldo y sus operaciones nos exceden, no debemos creer que somos nosotros. Es Él a través de nosotros, lo cual es muy diferente.

De hecho, los dones del Espíritu son operativos en todos los hijos de Dios, no solo en los que tenemos funciones ministeriales. Lo que ocurre es que por causa de la tarea, solemos estar más expuestos, pero nada más. Es parte de nuestra asignación hacerle comprender a los hermanos, que ellos también deben operar en el poder del Espíritu Santo.

Pretender que la gente nos vea como súper héroes, con la capacidad de resolverles los problemas, o llegar a pensar nosotros mismos, que somos súper pastores, nos terminará agotando, nos frustraremos ante la realidad de las personas, y nos hundiremos tal como Pedro cuando vio la ola. Es decir,

nos sentiremos fantásticos al principio, pero si persistimos en eso, seremos avergonzados.

Creo que el síndrome del súper pastor, es más peligroso ahora de lo que lo ha sido durante toda la historia de la Iglesia. Yo creo que siempre ha existido, pero ahora puede ser verdaderamente destructivo, porque este tiempo de avance tecnológico y de medios de comunicación, que nos invaden de manera casi violenta, producen una exposición de los ministros, que genera cierta fama o reconocimiento, más allá de las paredes de nuestra congregación, y eso es algo que no todos saben manejar. Quién se embriague del aparente éxito, puede caer en adicción, llegando a creer que ciertamente es un súper héroe aclamado y ciertamente famoso.

Además, el deber de gestionar en este tiempo cultural, lo hace doblemente peligroso, no debemos subestimar, que vivimos en la era de la posmodernidad, que no es otra cosa que un movimiento cultural y social que surgió hace un poco más de cuatro décadas, y se caracteriza por la crítica del racionalismo, la atención a lo formal y la búsqueda de nuevas formas de expresión, junto con una carencia de ideología y compromiso social.

A diferencia de la generación precedente, que la del Modernismo, que se caracterizaba en creer en las utopías y en el desarrollo social, los pensadores posmodernos defienden que la posibilidad de progreso sólo es individual, y que es más caprichosa y oportuna, que resultado del

esfuerzo y los méritos personales. Eso no es ajeno a la vida de los hermanos.

La gente que llega a la iglesia, tampoco aterriza desde una nave espacial. Son personas que viven en la sociedad, inevitablemente traspasados por las ideas y el sentir de la cultura actual. Algunos logran mudar rápidamente sus ideas, pero otros, están muy influenciados por las corrientes de este mundo. Los pastores, tenemos la responsabilidad de trabajar impartiendo la Palabra viva, para que la mente de Cristo destruya toda fortaleza, argumento y altivez humana (**2 Corintios 10:4 y 5**).

Cuando los cristianos son impregnados por la idea de que la posibilidad de progreso es principalmente individual, no comprenden el diseño corporativo de la Iglesia. Cuando consideran el éxito como algo oportuno, más que resultado del esfuerzo y los méritos personales, solo pedirán a Dios que les resuelva las dificultades, y los pastores no podemos cargar con esa situación, o mejor dicho: “No debemos cargar eso”.

Otra de las características de la Posmodernidad, es que se minimiza la importancia del futuro, por lo que sólo se le otorga una exagerada relevancia al presente, que por otra parte, consideran muy efímero, por lo cual hacen hincapié en el consumo indiscriminado de los momentos actuales.

Cuando los hermanos llegan con esas ideas, les cuesta mucho asimilar la eternidad, y el trabajo del Reino, que se basa en acciones nada egoístas. La exagerada atención del

presente, generan frustración y también impaciencia, nadie quiere transitar los procesos de Dios. Los pastores no debemos enfocarnos solamente en el hoy, porque los diseños de Dios no son condicionados por la urgencia humana.

De hecho, otro paradigma de la posmodernidad, está relacionado con la búsqueda de lo inmediato, ya que la gente desea todo rápido, todo ya. La industria del consumo ha cultivado esa tendencia de pensamiento, porque tiene interés en la ansiedad humana. Mientras que el Señor dijo que no nos afanáramos por el día de mañana, porque cada día tiene su propio afán (**Mateo 6:34**), el enemigo pretende todo lo contrario. Los pastores no debemos cargar con la ansiedad de nadie, y debemos desterrar la nuestra.

La posmodernidad está asociada con el culto a la individualidad, la ausencia de interés por el bienestar común, por eso todos dicen que hay que hacer algo por el planeta y la sociedad, pero los comportamientos individuales dejan en claro el único y verdadero interés, es absolutamente egocéntrico. Cuando los hermanos llegan impregnados con esas ideas, pregonarán la necesidad de que la Iglesia cambie y se manifieste. Señalan y echan culpas, pero ellos no asumen su responsabilidad.

Es difícil para los pastores cargar con eso, porque vamos a tener la sensación de que nos están entendiendo y luego la desilusión de comprender que no es así. Yo he dialogado con muchos hermanos, que me han hablado de lo mal que ven a la Iglesia en su ciudad, me han compartido su

preocupación y lo que creen que se debería hacer, pero ellos nunca ofrecen sus vidas para el cambio.

Es fácil imponer toda responsabilidad sobre los líderes y luego eludir todo compromiso. Los pastores vemos claramente la condición de la Iglesia, y todos idealizamos sobre cómo desearíamos ver a la Iglesia de hoy. Sin embargo, también debemos trabajar con las herramientas que tenemos. ¿Qué más quisiéramos los pastores, que tener un pueblo apasionado, y absolutamente entregado al propósito eterno? Y por supuesto, no me refiero a tener gente bajo presión religiosa, sino a hermanos entregados por revelación.

En la posmodernidad, extrañamente no se le da toda la autoridad a la ciencia, tal como hace unos años atrás, hoy todo es relativo aun lo que se puede probar. El mundo funciona más por lo que cada uno desea creer, que por lo que ciertamente es. Eso tampoco es inocente, en la mente de los hermanos, porque así como en lo natural, todos procuran asumir las cosas a su manera, en la Iglesia está ocurriendo lo mismo, por eso tenemos tantas diferencias, cuando el apóstol Pablo dice claramente otra cosa.

“Los exhorto, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que se pongan de acuerdo y que no haya más disensiones entre ustedes, sino que estén completamente unidos en la misma mente y en el mismo parecer”.

1 Corintios 1:10 RVA

En la sociedad posmodernista valoran la naturaleza y promueven el cuidado del medio ambiente, pero a la misma vez, se está destruyendo la naturaleza y se está contaminando el planeta más que nunca antes. Una vez más el mismo principio de pensamiento. Todos manifiestan la preocupación, pero al final, pocos se ofrecen para el cambio.

Hoy en día, la economía de producción ha dado lugar a la del consumo, lo cual es despiadado y letal. Sin embargo, no se miden costos por el consumo, por el contrario, se lo alienta cada vez más. El marketing y lo novedoso procura ganar el mercado, y muchas Iglesias se inclinan por los mismos métodos. Lo cual no creo que esté mal, por el contrario, creo que es bueno utilizar el sistema a nuestro favor, pero debemos tener mucho cuidado, porque la Iglesia no avanza por métodos o estrategias humanas, sino por revelación y diseños divinos.

El poder que adquirieron los medios de comunicación masivos es impresionante, y no me refiero solo a la televisión, donde al menos se debe medir un poco lo que se transmite. Me refiero a las redes sociales, donde cualquiera puede decir cualquier cosa, y no importa si se está mintiendo absurdamente o no, la gente cree y repite todo, aun aquellas cosas de las cuales desconfía.

La Iglesia también está procurando utilizar los medios, y eso es bueno, pero como cualquiera puede hacerlo, hay quienes se involucran y dicen cualquier disparate. Acusan, juzgan, pelean, o proponen conceptos anti bíblicos sin ningún

control. Y no estoy sufriendo que alguien se arrobe la capacidad de controlar eso, de ninguna manera pensaría algo así. Lo que creo que debe haber es temor de Dios, ese debe ser lo que determine nuestros límites.

En la sociedad actual, vemos que la importancia de los líderes ha cambiado por sobre las ideologías. Esto es muy notorio y a la misma vez es muy peligroso para los súper ungidos. El motivo de esto, es que las ideologías determinaban una manera de pensar, ahora la gente quiere que otros piensen por ellos. Ellos creen que mejor que cultivar ideas, hay que creer y seguir a los que piensan.

Los pastores no debemos cargar con la responsabilidad de pensar en lugar de los hermanos. Los liderazgos controladores, son peligrosos, porque pretenden en todo tiempo, decirle a la gente lo que debe hacer. Esa no es nuestra responsabilidad. Nosotros debemos enseñar la Palabra de Dios, y el Espíritu Santo proporcionará luz a los hermanos para que aprendan respecto de la voluntad de Dios.

Hay hermanos que no desean asumir la responsabilidad de buscar la dirección de Dios para sus vidas. Ellos llaman a sus líderes y les preguntan que deben hacer. Los pastores debemos tener mucho cuidado con eso. No nos están honrando con esa postura, no nos confundamos. Ellos solo están buscando una salida fácil para la toma de decisiones, no somos los súper héroes que siempre sabemos por donde tienen que avanzar.

Los pastores no estamos para dirigir la vida de los hermanos. El buen pastor hará eso. Nosotros solo debemos conectarlos con la verdad y con el Espíritu Santo. Los líderes que solo conectan a la gente con ellos, terminarán por controlarlos conforme ellos consideren mejor. Eso produce una sensación de súper poder en los pastores, pero eso es perverso. Nosotros no debemos ocupar el lugar de Dios, solo somos sus servidores, somos canales para que Él haga Su obra.

La sociedad actual, genera una cosmovisión muy especial en la gente. El relativismo, el individualismo, el consumismo y el egocentrismo, son notables en este tiempo. La gente llega cargada bajo ciertos paradigmas opuestos a la verdad de Dios, y es todo un trabajo de nuestra parte, ayudarlos a despojarse de eso. No por imposición, sino por revelación espiritual.

Muchos pastores no saben cómo asumir esto, y claudican ante el sistema, otros lo combaten duramente, pero al final, solo perdemos el equilibrio y dejamos de ser efectivos. Es decir, hay pastores que atacan los paradigmas sociales implantados en la mente de los hermanos, pero lo hacen con violencia y manipulación religiosa. No me refiero a violencia física, sino mental.

La religión es muy dañina, porque trabaja imponiéndose y manipulando voluntades. Los pastores no debemos caer en eso. Quienes lo hacen, creen predicar la sana doctrina, y atacan las corrientes de este mundo, pero

lamentablemente, a pesar de las buenas intenciones, solo lo hacen con las herramientas incorrectas.

Otros pastores, no combaten los paradigmas de este tiempo, sino que tratan de complacer en todo a los hermanos que llegan. Preparan todo un sistema de contención y complacencia, de manera que la Iglesia crezca a través de la motivación. Estos pastores no utilizan la religiosidad, ni el legalismo, lo cual es muy bueno, pero si pierden el equilibrio espiritual, se pasan al extremo de terminar alimentando al humanismo, lo cual es igualmente dañino, porque eso impedirá la verdadera manifestación de Cristo.

La forma correcta de ministrar a los hermanos, en este tiempo de posmodernidad, es encontrando el equilibrio en la dirección del Espíritu Santo. Es la unción lo que le da vida a la Iglesia. Es la unción lo que produce el rompimiento de los paradigmas incorrectos. Es la unción la que imparte dirección y diseños. Es la unción la que produce luz y libertad. Es la unción la vida de la Iglesia y lo único súper que tenemos.

“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, Sino a tu nombre da gloria, Por tu misericordia, por tu verdad”.

Salmos 115:1

Si no entregamos toda la gloria a Dios, viviremos sobrecargados con asignaciones que no nos corresponden asumir. Nosotros los pastores, no somos súper héroes con capa y una Biblia en la mano. No estamos para resolver todos los problemas de la gente y luego ponernos ante ellos como

únicos responsables. No buscamos gratitud, honra y recompensa de la gente, eso solo nos debe llegar de Dios, y todo lo demás, debe pasar por sobre nuestros intereses personales. Debemos entregar toda la gloria a Dios.

“Y cierto hombre de Listra estaba sentado, imposibilitado de los pies, cojo de nacimiento, que jamás había andado. Este oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y él saltó, y anduvo. Entonces la gente, visto lo que Pablo había hecho, alzó la voz, diciendo en lengua licaónica: Dioses bajo la semejanza de hombres han descendido a nosotros. Y a Bernabé llamaban Júpiter, y a Pablo, Mercurio, porque éste era el que llevaba la palabra. Y el sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba frente a la ciudad, trajo toros y guirnaldas delante de las puertas, y juntamente con la muchedumbre quería ofrecer sacrificios.

Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas, y se lanzaron entre la multitud, dando voces y diciendo: Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay. En las edades pasadas él ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos; si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones. Y diciendo estas cosas, difícilmente lograron impedir que la multitud les ofreciese

sacrificio. En eso llegaron de Antioquía y de Iconio unos judíos que hicieron cambiar de parecer a la multitud. Apedrearon a Pablo y lo arrastraron fuera de la ciudad, creyendo que estaba muerto”.

Hechos 14:8 al 19

En esta historia, vemos a un hombre que nunca había podido caminar y estaba escuchando a Pablo, quien al mirarlo se dio cuenta de que el hombre confiaba en que él podía sanarlo. Entonces le soltó una palabra y este hombre se sanó en ese mismo instante. La gente presente comenzó a decir que por ese poder manifestado, no eran hombres comunes sino dioses.

Ese es el mismo riesgo que corren los súper pastores, porque ellos buscan mostrarse como súper poderosos. La gente es impactada por toda manifestación sobrenatural, y rápidamente endiosan a esos líderes. No aclaran la gracia de los dones, sino que predicán como si fueran ellos los responsables de que algo sobrenatural ocurra.

La gente llamó Júpiter a Bernabé, y Mercurio al apóstol Pablo, los confundieron con dioses y hablaron de ofrecerles sacrificios. Hoy en día, los hermanos seguramente no les pondrían esos nombres a sus ungidos pastores, pero en muchos casos, sí los comparan con seres especiales, y si bien no le ofrecen holocaustos para adorarlos, sí les entregan ofrendas y los adulan de manera exagerada.

Amados pastores, es probable que los hermanos puedan admirarnos cuando los dones se manifiestan a través de nuestras vidas. Eso lógico que eso ocurra, porque la unción es la manifestación de Cristo, y todos amamos eso. El problema no es que lo vean así. El problema no es que nos den una ofrenda, nos hagan regalos, o nos honren con los mejores manjares, el problema es que nosotros lleguemos a creer que algo de eso es por nosotros. La gente debe honrar a Dios, y nosotros somos sus siervos, por eso podemos recibir de primera mano, pero no nos confundamos con eso.

Cuando yo recibo palabras de halagos, por parte de los hermanos, no rasgo mis vestiduras, me siento muy honrado y reconocido por la tarea realizada. Es hermoso saber que los hermanos están siendo bendecidos por nuestro ministerio. Cuando me entregan una ofrenda, la recibo con gozo y me parece extraordinario que los hermanos honren a Dios con eso. Lo que tengo muchísimo cuidado es de no creer que algo de eso es por mis súper poderes.

Dios me libre de pensar que soy yo, que son mis dones, mis capacidades, mis habilidades, o mi poder. Solo es Cristo, solo es la gracia de Dios conmigo. Nosotros solo somos un canal de Dios, igual que todos los ministros, desde el diacono al apóstol, nadie es superior ni mejor. No somos súper nada y no debemos procurar serlo. No tenemos la asignación de resolver todo, ni de agradar a todos, solo debemos cumplir con nuestras tareas, y después que lo hacemos entregarle toda la gloria a Dios.

“Así también ustedes, cuando ya hayan cumplido todo lo que Dios les manda, deberán decir: “Somos servidores inútiles, porque no hemos hecho más que cumplir con nuestra obligación.”

Lucas 17:10 DHH

Notemos otra cuestión. La misma gente que exaltó desmedidamente a Pablo y a Bernabé, fueron los que al escuchar que no eran dioses súper poderosos, los agredieron ferozmente. Esto suele ocurrir hoy en día. No con piedras como en esa época, pero cuando las personas reciben algo de nosotros, suelen ponernos en la cima de sus conceptos, y al tiempo, cuando ven una actitud que no les agrada, suelen defenestrarnos con sus críticas.

Esto nos debe quedar claro, si no deseamos vivir recargados, no debemos tratar de impactar a nadie con la unción. No somos súper héroes, no podemos hacer todo, ni resolver todo, y si algo hace el Señor, no somos nosotros. Si procuramos ser admirados, tendremos que sostener esa posición por siempre, porque el día que detecten que no somos más que pequeños hombrecitos alcanzados por la gracia, nos destruirán con sus palabras.

Por el contrario, si tenemos en claro quiénes somos, y no buscamos una admiración que no nos pertenece, viviremos con el justo equilibrio espiritual. No necesitamos gritar que no somos dioses, solo vivamos como personas alcanzadas por la gracia, personas apasionadas por Dios, que procuran servirle con toda pasión y humildad.

“Estos cuatro seres vivientes cantan y dan gracias al que está sentado en el trono y vive para siempre. En sus cantos dicen lo maravilloso, poderoso y digno que es él de recibir honores. Cada vez que hacen esto, los veinticuatro ancianos se arrodillan delante de él, lo adoran y, arrojando sus coronas delante del trono, cantan: Señor y Dios nuestro; tú mereces que te alaben, que te llamen maravilloso, y que admiren tu poder. Porque tú creaste todo lo que existe; gracias a ti, todo fue creado”.

Apocalipsis 4:9 al 11 PDT



Capítulo siete

RECARGADOS INÚTILMENTE

“A dondequiera que voy, el Espíritu Santo me dice que en Jerusalén van a meterme a la cárcel, y que van a maltratarme mucho. No me preocupa si tengo que morir. Lo que sí quiero es tener la satisfacción de haber anunciado la buena noticia del amor de Dios, como me lo ordenó el Señor Jesús...”

Hechos 20:23 y 24 BLS

El apóstol Pablo, fue un hombre absolutamente apasionado con su asignación de vida. Él conoció la gracia de manera muy impactante, parecía ser el menos indicado para la tarea apostólica, porque fue un perseguidor de la Iglesia. Sin embargo, fue alcanzado por el amor de Dios.

Fue derribado a tierra, y el Señor lo dejó ciego, pero después de ese trato, se paró en las sandalias de Cristo y pudo ver como nadie en ese tiempo. Creo que fue tan poderoso el trato de Dios para con Pablo, que eso lo mantuvo enfocado hasta el último día de su vida terrenal.

Hoy todo el mundo admira la gestión ministerial de Pablo, y nadie se atrevería a cuestionar nada de lo que hizo. Sin embargo, si viéramos hoy en día a un apóstol obrando como Pablo, diríamos que es un hombre poco amoroso. Alguien casi frío para ciertas cuestiones de los hermanos, y absolutamente fervoroso para las cuestiones del Reino.

Pablo era un apasionado por Cristo y las revelaciones recibidas en el tercer cielo, lo convirtieron en un ser algo incomprendido. Yo siempre digo que, al momento en que Dios nos muestra algo de la dimensión espiritual, volver la vista a lo natural no es nada sencillo. Los hombres bíblicos a los cuales Dios les reveló dimensiones espirituales, no fueron hombres normales después de eso.

¿Ustedes creen que Noé, después de todo lo vivido antes del diluvio fue un hombre normal? ¿Acaso Moisés después de la zarza o de recibir la Ley en el monte, fue un hombre normal? ¿Cuándo recibió el diseño del tabernáculo celestial, y cuando vio la gloria de Dios, pudo seguir siendo el mismo de siempre? ¿Acaso Elías no era un hombre raro, al igual que lo fue Eliseo?

No se puede seguir igual, después que Dios se revela a nuestra vida. Es por eso, que los cristianos renacidos y llenos del Espíritu Santo parecemos raros, porque en verdad lo somos. Nuestros valores, gustos y deseos no son comprendidos. Nuestra pasión por Dios supera todo lo que lo terrenal pudiera ofrecernos. Eso no es entendido, ni aceptado por la gente sin Dios.

Después de la experiencia de Pablo, tanto en su conversión, como en su visita al tercer cielo, no podemos encontrar los rasgos de un hombre normal. Bueno, me refiero como hombre normal a personas que no han tenido una revelación del Señor, ni han recibido por la gracia el conocimiento espiritual. Quién vive eso, no puede seguir igual, toda la cosmovisión de la vida es trastocada.

Los intereses cambian, las metas cambian, las prioridades cambian. Es difícil observar los problemas en los cuales se enreda la gente habitualmente y pensar que son verdaderamente importantes. No es que perdamos la empatía con las personas, no nos enajenamos del mundo, pero ciertamente lo que antes tal vez nos pareció importante, simplemente deja de serlo.

Pablo desde el inicio hasta el fin de su ministerio, se concentró en enseñar el evangelio. Él entendió que esa era su asignación, por eso dijo: ***“Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio...”*** (1 Corintios 1:17). Esto aparece dejar en claro que él no estaba preocupado en hacer algunas cosas que nada tenían que ver con su asignación de vida.

Bautizar no era malo, pero Pablo tenía un orden de prioridades para su vida, en las cuales no entraba la tarea de bautizar, evidentemente no se recargaba con actividades no asignadas. Seguramente alguien tenía esa responsabilidad, pero no era él, porque es claro que trataba de no hacer nada

que distrajera la atención del Señor Jesucristo y del mensaje de su cruz.

Pablo no se ocupaba de servir las mesas de las viudas, tal como lo hicieron los otros apóstoles, hasta que comprendieron que esa tarea no les correspondía. Una vez más, servir la mesa de las mujeres viudas, no es algo malo, de hecho se designó a hermanos llenos del Espíritu Santo para que hicieran ese servicio. Sin embargo, eso no era lo que tenían que hacer los apóstoles, y tuvieron que ordenarse.

“Así que los doce reunieron a toda la comunidad de discípulos y les dijeron: "No está bien que nosotros los apóstoles descuidemos el ministerio de la palabra de Dios para servir las mesas. Hermanos y hermanas, escojan de entre ustedes a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, para encargarles esta responsabilidad”.

Hechos 6:2 y 3 NVI

Si observáramos este hecho, desde la perspectiva de los hermanos y hermanas de buena reputación y llenos del Espíritu, diría que al ser escogidos, encontraron su asignación de vida y que realizaron una tarea trascendente, vinculada al propósito de Dios para sus vidas. Sin embargo, lo que fue bueno para ellos, habría sido malo para los apóstoles si hubiesen persistido en esa tarea, porque la asignación de ellos era muy diferente.

Todas las tareas de servicio a Dios son buenas y trascendentes, pero es muy importante que cada cual encuentre su asignación correcta. Un cuerpo está compuesto de miembros y cada miembro cumple su debida función. Cuando Pablo comparó a la Iglesia con un cuerpo (**1 Corintios 12:12**), estaba diciendo que la vida de Cristo se expresa a través de los miembros que ocupan su lugar y hacen simplemente lo que la cabeza determina.

Pablo procuraba el orden funcional del cuerpo, por eso cuando se enteró de un caso de adulterio, no fue muy tolerante al respecto. Recordemos lo que escribió: *“Es ya del dominio público que hay entre ustedes un caso de inmoralidad sexual que ni siquiera entre los paganos se tolera, a saber, que uno de ustedes tiene por mujer a la esposa de su padre. ¡Y de esto se sienten orgullosos! ¿No debieran, más bien, haber lamentado lo sucedido y expulsado de entre ustedes al que hizo tal cosa? Yo, por mi parte, aunque no estoy físicamente entre ustedes, sí estoy presente en espíritu, y ya he juzgado, como si estuviera presente, al que cometió este pecado. Cuando se reúnan en el nombre de nuestro Señor Jesús, y con su poder yo los acompañe en espíritu, entreguen a este hombre a Satanás para destrucción de su naturaleza pecaminosa a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor”* (1 Corintios 5:1 al 5 NVI).

Esta determinación de Pablo, parece poco tolerante, pero en realidad, lo que yo veo, es que un apóstol, con un bagaje de revelación tan extraordinario como el de Pablo, no

podía ser solicitado para viajar hasta Corinto y tener ciertas audiencias con el hermano que tenía este problema. Pablo no estaba dispuesto a escuchar explicaciones de un adúltero, y mucho menos aconsejarlo sobre como dejar de pecar. Simplemente dijo entréguenlo a Satanás y listo.

Hay quienes en nuestros días, toman posiciones que quizá no gozan de popularidad, pero que se mantienen firmes porque son fieles a la Palabra de Dios. Y por ellos damos gracias a Dios. Pero, la mayoría en el día de hoy se está comprometiendo demasiado con las cosas que suceden, citando a los responsables, hablando durante horas con ellos, visitándolos varias veces, orando por ellos, resolviendo esperarlos hasta que reaccionen, y tolerando el pecado para que no se vayan.

En algunos casos los pastores solo cierran sus ojos o miran para otro lado, permitiendo que principios vigentes en el sistema del mundo, y que entran en conflicto con la Palabra de Dios, penetren en la iglesia. El objetivo es que nadie se ofenda, y que todos permanezcan aunque estén desordenadamente fuera de la voluntad de Dios.

La verdad es que por estas actitudes, la iglesia ha perdido su poder espiritual. Una iglesia impura es una iglesia paralizada y, por el contrario, una iglesia pura es una iglesia que actúa con poder espiritual. Claro, cualquiera que hoy en día resolviera algo como Pablo, sería considerado legalista o falta de amor, por eso decidimos actuar diferente.

Yo entiendo que la sociedad actual, tiene una mayoría de familias ensambladas, hay mucho desorden y es muy difícil tratar con todo eso, cuando no hay una medida de unción suficiente para que las personas cambien radicalmente por revelación y obra soberana.

Sin unción pasaremos cientos de horas aconsejando y tendremos que armarnos de mucha paciencia y tolerancia, porque la gente no cambia. Sin embargo, creo que si la unción del Espíritu aumenta su gobierno en la Iglesia, no necesitaremos hacernos cargo de ciertas asignaciones.

De hecho, la Iglesia del primer siglo, no solo había casos de inmoralidad sexual como el de Corinto, Pablo dijo que la disciplina no sólo debía aplicarse a ese adulterio, sino también a los codiciosos, a los que se apropiaban de lo ajeno, a los idólatras que estaban curioseando imprudentemente en otras religiones, a los que creaban divisiones, a los que andaban murmurando o generando pleitos.

Pablo sabía que la sociedad de su época, al igual que hoy, también estaba impregnada de pecado, pero no se ocupó de juzgar a los inconversos. Recordemos que el apóstol aclaró en los versículos **12 y 13**: ***“Porque ¿qué razón tendría yo para juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? A los que están fuera, Dios los juzgará. Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros...”***

Pablo dijo que no estaba juzgando a la gente que se encontraba fuera de la iglesia, que ése no era asunto suyo. Su

tarea era juzgar a los miembros de la iglesia. Dios juzgaría a los de fuera. La responsabilidad de la iglesia era juzgar el mal dentro de la congregación, y tampoco perdió mucho tiempo para eso.

Ahora, podríamos preguntarnos cómo terminó este problema en Corinto. Para encontrar la respuesta y saber que sucedió, debemos dirigirnos a **2 Corintios 2:4 al 8**. Y dijo en esa ocasión: *“Por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que fuerais entristecidos, sino para que supierais cuán grande es el amor que os tengo. Si alguno me ha causado tristeza, no me la ha causado a mí solo, sino en cierto modo, por no exagerar, a todos vosotros. Le basta a tal persona esta reprehensión hecha por muchos. Así que, al contrario, vosotros más bien debéis perdonarle y consolarle, para que no sea consumido por demasiada tristeza. Por lo cual os ruego que confirméis el amor hacia él”*.

O sea que, este hombre se arrepintió profundamente cuando Pablo indicó en su carta anterior, lo que debían hacer con él. Notemos que Pablo expresa su pesar por todo lo vivido. Es extraño notar que un apóstol como Pablo, haya llorado amargamente por la situación, y además considere un gran daño, el causado por este hermano a todo el resto de la congregación.

Hoy pareciera que si alguien peca, es asunto suyo, que los demás nada tenemos que ver, pero eso no es así. La Iglesia es un diseño corporativo. Si uno de los miembros de nuestro

cuerpo está infectado, todo nuestro cuerpo se resentirá. Lo mismo ocurre con la Iglesia. Los pecadores deben tomar consciencia que si realmente entraron al Pacto, no tienen vida independiente. La santidad de todo cristiano, es personal, pero nunca será privada, porque toda conducta indebida afecta al cuerpo.

El estado general de la Iglesia, obedece a la suma de sus componentes. No podemos tener una casa de primera, con ladrillos de segunda. No podemos tener un buen equipo de fútbol con el arquero lesionado. La Iglesia es un todo, y la efectividad de su expresión, obedece al compromiso colectivo. Los pastores debemos enseñar eso. Debemos generar una consciencia de cuerpo, de lo contrario, la unción no crecerá, y el desgaste de nuestra vida espiritual, puede ser fatal.

Yo entiendo lo difícil que es esta situación hoy en día, no cuestiono a los pastores, porque yo también he caído en tolerancia, y Dios me perdone si he obrado mal, pero creo que cuando se actúa de la manera en que Pablo lo hizo, la persona que está viviendo bajo el control del pecado, lo confesará, como este hermano de Corinto, o como lo hizo David en su tiempo, al ser confrontado por el sacerdote Natán.

Lo que sí creo, es que esto solo es posible con una medida de unción que lo produzca. Lo que hizo efectivo el obrar de los apóstoles del primer siglo, fue la unción que se manifestaba con toda evidencia. No hay nada peor que un

pastor radical y exigente, con las herramientas de la religión, no de la unción, que es la vida. Yo no estoy proponiendo legalismo, sino legalidad, no estoy proponiendo autoritarismo, sino legítima autoridad.

Recordemos lo que ocurrió en **Hechos 5:1 al 11**, con la historia de Ananías y Safira, quienes mintieron en una ofrenda y cayeron muertos por mentirle al Espíritu Santo. Eso sucedió así, porque el grado de unción que manejaron los apóstoles, determinó justicia. Recordemos que eso pasó en la Gracia y no en la Ley. Hoy en día, cualquiera puede mentir o incluso robar las ofrendas y nada ocurre.

Lo que ha cambiado es el grado de unción que hay en la Iglesia. Si logramos un aumento exponencial e la unción, nos evitaremos invertir mucho tiempo tratando de guiar a gente que no desea arrepentirse, hacia la luz de la santidad. Esa no es una tarea de hombres, por eso perdemos tanto tiempo y nos recargamos absurdamente.

Pablo tuvo el valor de escribir ese tipo de determinaciones, porque la unción apostólica lo respaldaba con autoridad. Podemos ver que en **2 Corintios 7:12** dice: *“Así que, aunque os escribí, no fue por causa del que cometió el agravio, ni por causa del que lo padeció, sino para que se os hiciera evidente la preocupación que tenemos por vosotros delante de Dios”*.

Pablo estaba explicando que les escribió de esa manera, por el bienestar de la Iglesia, y vinculó su decisión

con el amor. De hecho recordemos el hermoso capítulo **13** de **1Corintios**, ubicado en la misma carta en la cual, mando entregar a Satanás a un hermano.

Hay muchos más ejemplos que podría citar, cómo el de los bautismos, el del servicio a las mesas de las viudas, el del adultero, o el de las ofrendas, pero creo que es suficiente como para comprender claramente, que la operación ministerial de la Iglesia del primer siglo no es comparable con el de la Iglesia de hoy. Reitero, esto es por causa de la medida de unción que estamos manejando.

Los ministros de esa época sufrían los embates de Satanás, y la hostilidad de los sistemas, pero no se recargaban inútilmente con las conductas caprichosas de los hermanos. Un pastor anciano, me dijo en una ocasión: “Yo ya estoy viejo y a poco de partir, he servido a Dios toda mi vida, y lo que más lamento es el haber perdido la mayor parte de mi vida ministerial, peleando con la institución y los hermanos religiosos o rebeldes, en lugar de pelear solamente con el diablo...”

Las recargas en el ministerio, siempre van a ocurrir, pero lo menos que debemos procurar, es sobrecargarnos con las asignaciones correctas. No debemos perder tiempo con gente no regenerada, con rebeldes o con religiosos. Lo mejor que podemos hacer, es invertir nuestro tiempo y potencial, enfocados solo en Dios y en sus asignaciones.

Siempre hablamos de un Dios glorioso, o de reuniones de gloria, pero la verdad, es que si ese peso de gloria que deseamos se manifestara hoy en la Iglesia, muchas cosas caerían por causa de esa unción. Sinceramente creo que en los últimos tiempos, eso vendrá sobre la Iglesia. Algunos lo considerarán como el juicio comenzando primero por casa (**1 Pedro 4:17**), y otros lo ven como la gran bendición a esperar, pero de una cosa estoy seguro, que tendremos una Iglesia gloriosa.

Hoy, no tenemos esa gloria sobre la casa, pero hay algo que los pastores debemos aplicar, y es el “Amor con propósito”. ¿A que le llamo amor con propósito? Bueno, aclaré que Pablo amaba a los hermanos aunque fue extremadamente duro, porque si alguien actuara así hoy en día, lo primero que diríamos es que no tiene amor. De hecho, si alguien procurara actuar así sin unción, ciertamente carecería de amor, y por lo tanto, también de verdadera autoridad espiritual.

Pablo sí tenía amor, porque Pablo actuó desde la unción apostólica que le había sido impartida. No actuó desde el legalismo, la impaciencia o el enojo, actuó desde el amor, porque es imposible que el amor de Dios se manifieste sobre un hombre, si no opera en la unción del Espíritu Santo. El amor verdadero no nos hace impacientes, sino justos.

Amor con propósito, no es el simple amor del alma. Por ejemplo, el Padre amó de manera extraordinaria y perfecta al Hijo. Sin embargo, lo mandó a la cruz. Si el amor

del Padre le hubiese evitado la cruz, tal vez lo habría librado del dolor, pero le hubiese hecho perder todo lo que eternamente vino sobre Él en Su victoria.

Nosotros somos emocionales, decimos amar, pero nuestro amor es egoísta, selectivo y limitado. Es por eso, que si tuviéramos que dar nuestro hijo en sacrificio no lo haríamos. Sin embargo, es claro que el amor del Padre es perfecto y el nuestro no. El Señor es sabio y nosotros dependemos de Él para tener luz.

Naturalmente, cualquiera diría que es un mejor padre quién no entrega a su hijo. Eso es porque no conocen el amor del Dios Padre, que es un amor con propósito. El amor con propósito se manifiesta cuando produce un resultado, por ser más trascendente que la emoción.

El Señor me impartió el entendimiento de esto hace unos años, porque yo me sentía mal, por causa de mis propias actitudes. Yo me auto percibía frío en algunos aspectos. No encontraba empatía con algunos problemas personales de los hermanos, o incluso postergaba momentos familiares por mi servicio a Dios, y entonces, afligido en Su presencia, por pensar que me faltaba amor, el Señor me enseñó sobre lo que significa el “amor con propósito”.

Por ejemplo, yo no necesito que un pediatra ame a mis nietos, yo solo necesito que ame de verdad su profesión, porque si lo hace, atenderá correctamente a mis nietos en caso de necesidad, y eso es lo más importante. Ahora

imaginemos a un médico que no ama su trabajo, ni se preocupa por perfeccionarse, pero sin embargo ama a los niños. Entonces, cuando mis nietos lo visitan buscando atención, él se pone a jugar con ellos en el piso, y los hace reír, pero no los diagnostica, ni los receta bien. En tal caso, y a pesar de ser bueno, solo será un médico peligrosamente inoperante, con amor pero sin propósito.

Un científico que trabaja en su laboratorio, no necesita amarnos, solo debe amar su profesión, porque si lo hace, trabajará con excelencia, y logrará descubrir antídotos que pueden salvarnos la vida. Un piloto de avión, no necesita amarnos y viajar a nuestro lado tratando de hacernos sentir bien, esa no es su asignación. Lo mejor que nos puede pasar es que ame su profesión, porque si lo hace con excelencia llegaremos a destino, sanos y salvos. Eso es amor con propósito.

Cuando yo trabajo con pasión, estudiando y escribiendo en mi oficina, estoy manifestando mi amor por Dios y por todos mis hermanos. Tal vez, parezca más amoroso un pastor que pase tiempo tomando café con los hermanos, pero yo comprendí que a la misma gente, le conviene que yo esté más con Dios que con ellos, porque de esa manera les puedo ofrecer la unción, no las buenas intenciones.

Muchas veces escuché sobre “El pastor con olor a ovejas”. Permítanme decirles que lo mejor es un pastor con grato aroma a Cristo (**2 Corintios 2:15**). Si no queremos vivir

recargados, tratando de ser amigo de todos los hermanos, tratando de agradar a todos, de servir a todos y de solucionar todo, debemos invertir primero, nuestro tiempo de calidad con el Señor, y luego solo obrar tal y como Él lo diga.

Los discípulos no necesitaban que Jesús se quedara con ellos, con tal de hacerlos sentir bien. Jesús los amaba, pero era necesario ir a Jerusalén y ser crucificado. Pedro dijo algo que sentimentalmente fue correcto: ***“Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca...”*** En su amor, trató de evitar el sufrimiento de Jesús, pero Él no aceptó eso. No le dijo: *“Pedro vos me amás mucho más que el Padre, porque Él me quiere enviar a la cruz, realmente te lo agradezco...”* Por el contrario, le dijo: ***“Apartate de mí Satanás...”*** (Mateo 16:22 y 23).

El amor con propósito es el que me tiene en mi oficina escribiendo, con la certeza de que algún hermano en el mundo, leerá esto y le será de bendición. Tal vez, yo no lo conozca nunca. Tal vez, nunca compartamos una cena, ni alegres momentos, pero los amo, amando a mi Señor y Su propósito por sobre todas las cosas. Lo mismo ocurre con todo pastor, que vence el impulso de ir tras los problemas de la gente, y se propone ir primero tras el Señor y Su perfecta voluntad.

Por ejemplo, yo siempre digo que no soy uno de esos abuelos amorosos, que pueden pasar toda una tarde con sus nietos en la plaza. Yo nunca hago eso, vivo muy lejos de donde mis nietos residen, y no tengo esa posibilidad. Sin

embargo, por causa de mi amor con propósito, yo sé que ellos cosecharán lo que yo he sembrado espiritualmente con mis hechos. Tal vez nunca podrán decir que el abuelo de ellos fue divertido y amoroso, pero no podrán decir en la eternidad, que no hice lo que debí hacer en mi tiempo.

Yo no he podido estar, en cumpleaños o momentos importantes en la vida de mi madre, mi esposa, mi hija o mis nietos. He fallado muchas veces por causa de mis viajes ministeriales, pero créanme que aunque no lo comprendan, o pueda alguien cuestionar mis ausencias, mi prioridad es el Señor y eso es lo que también les conviene a mis seres queridos.

Si Jesús hubiera procurado por sobre todas las cosas, ser un buen hermano, o un buen hijo, no hubiese aceptado ir a la cruz, porque su familia sufrió mucho por eso. Él vio a Su madre llorando y se la encomendó a Juan. Tampoco perdió tiempo explicándoles a sus hermanos que Él era el Cristo. Sin embargo, aunque en ese momento muchos no lo entendieron, sus acciones fue lo mejor que les pudo pasar a todos ellos, y a nosotros también, porque gracias a que no se puso sentimental, nos terminó salvando a todos.

Amor con propósito es dejarlo todo para seguir el propósito. Es dejar que los muertos entierren a los muertos. Es dejar que Lázaro se pudra y aun así seguir creyendo. Es ir a la cruz aunque muchos sufran. Es ascender al Padre, aunque todos reclamen lo contrario. Dios nos ama, pero Su amor, no impide el desierto, ni los valles de sombra. No impidió la

cruz, ni el martirio de muchos santos. Nosotros decimos amar mucho con el corazón, pero no somos tan efectivos. El amor con propósito es el resultado de la revelación, no de las emociones del alma.

Si deseamos ser pastores ungidos, no recargados con asignaciones que Dios no nos impone, amemos con propósito. No procuremos complacer caprichos. Tal vez muchos no nos entiendan, pero no debemos hacer todo por todos, todo el tiempo. Solo debemos hacer lo que Dios ha planificado para nuestro propósito, hacerlo con toda excelencia y entonces, estaremos expresando verdadero amor.

Los pastores deseamos ser considerados como personas que tienen mucho amor, entonces procuramos resolver todos los problemas y hacer sentir bien a la gente. Cuando no sentimos carga, ni ganas de hacerlo, nos auto imponemos el sacrificio, porque así es el amor. Sin embargo, estamos equivocados. El amor de Dios es un amor con propósito.

Los pastores escuchamos a todos, oramos por todos, visitamos a quiénes lo solicitan. Perdemos incontables horas de nuestra vida haciendo de psicólogos, sociólogos, psicoterapeutas, amigos, cómplices, consejeros, etc. Y en realidad, tampoco somos efectivos. Yo suelo preguntarle a la gente ¿Ustedes quieren un pastor amigo que se lo pase en sus casas compartiendo gratos momentos, o prefieren a un

hombre que pase tiempo con Dios, para transmitirles Su voluntad?

Muchos pastores se la pasan transportando gente de un lado a otro, como si fueran taxistas. Otorgan ayuda, hacen ceremonias de todo tipo, como entregas de niños, bautismos, casamientos, servicios fúnebres, consagración de obreros, Santa Cena, inauguraciones, aniversarios, etc. Se ocupan de ir a comprar equipos de sonido, instrumentos, cables, lamparitas, pintura, o cosas como esas, para el mantenimiento del salón, limpian, administran finanzas, a la vez que tratan de ser buenos esposos, padres, hijos, hermanos, amigos y vecinos.

Conozco pastores totalmente recargados, agotados espiritualmente. Predican del poder de Dios, pero ellos funcionan con la energía de reserva. No tienen ganas de seguir, solo los lleva el impulso y el sacrificio de un mandato, pero si uno profundiza con ellos, ya no quieren seguir de esa manera.

Aman profundamente a Dios y desean servirlo con excelencia, pero se sienten como Moisés, recargados, irritados y sin paciencia. Moisés tuvo que escuchar a su suegro Jetro y delegar responsabilidades. Al final, igual se recargó y terminó pegándole a la piedra y mirando la tierra desde lejos.

Nosotros estamos a tiempo. Deleguemos responsabilidades y no aceptemos las demandas de todas las

personas. No toquemos todo, no hagamos todo, no vayamos a todos lados. Solo escuchemos a Dios, pasemos tiempo en Su presencia y hagamos solo lo que Él nos asigne. Entonces podremos experimentar el “Amor con propósito”.

Disfrutemos a Cristo, porque al momento en que nos saturamos de actividades y responsabilidades no asignadas, perderemos la pasión. No derramemos aceite por cualquier lado. Es decir, no gastemos la unción inútilmente. No nos afanemos, no procuremos agradar a todos. No tenemos que hacerlo, no somos súper héroes. Somos hombres y mujeres escogidos por Dios con un propósito.

“Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios...”

Marcos 3:13 al 15

Cuando Jesús escogió a los doce, tenía un propósito extraordinario para ellos. El propósito excedía sus propias vidas terrenales, y queda claro que recibirían una recompensa eterna, pero algo quiero destacar de este pasaje, tomándolo como una clara enseñanza para nosotros, porque dice que: ***“Estableció a doce, para que estuviesen con Él...”*** Eso era lo primero, y eso es lo primero para nosotros: ***“Estar con Él...”***

Si queremos disfrutar nuestro servicio a Dios, pasemos tiempo con Él, y despojémonos de toda carga inapropiada.

Entonces, nuestro caminar será liviano, a la vez que seremos efectivos y contundentes en todo lo que hagamos.

“Porque lo dice el excelso y sublime, el que vive para siempre, cuyo nombre es Santo: Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar el corazón de los quebrantados...”

Isaías 57:15



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

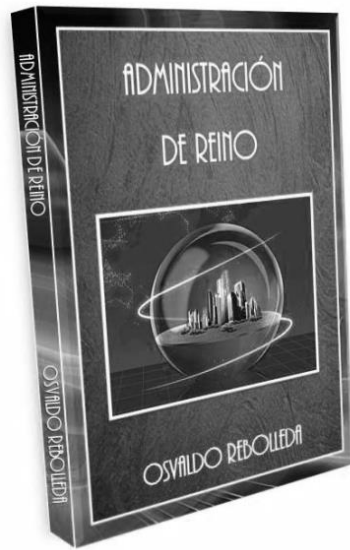
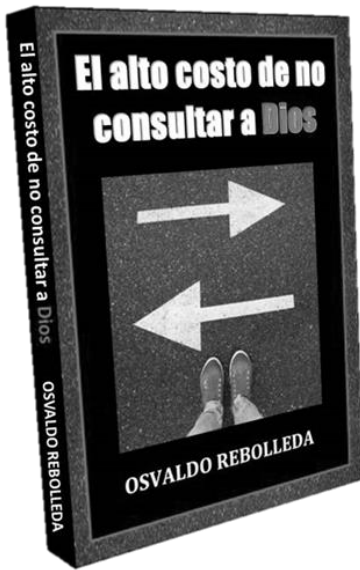
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

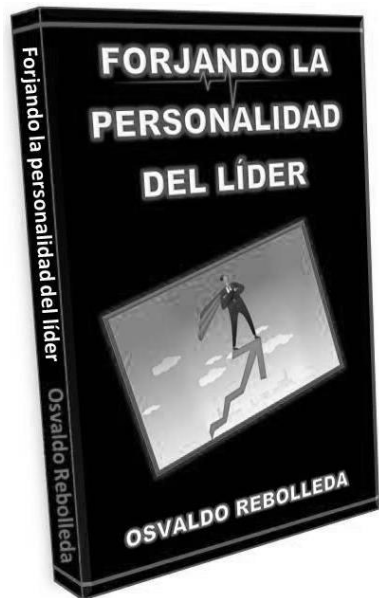
Y hasta lo último de la tierra.

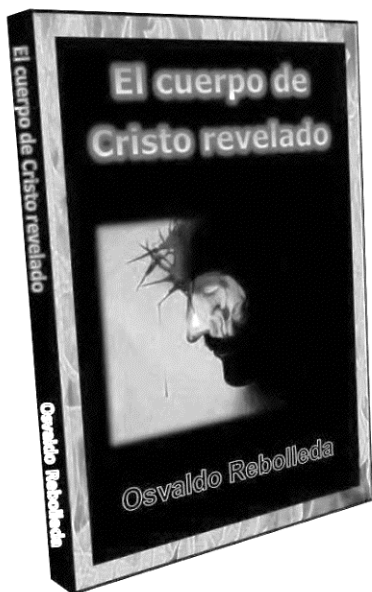
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

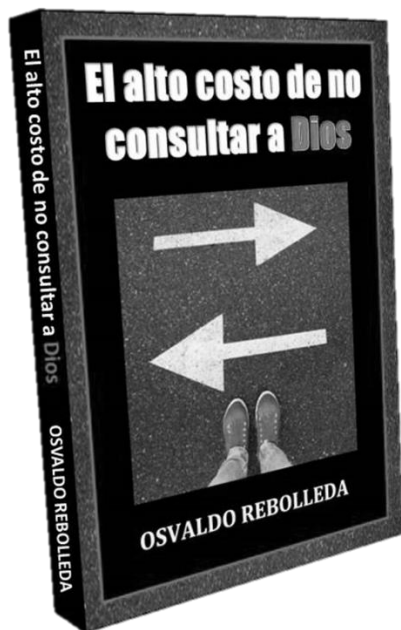


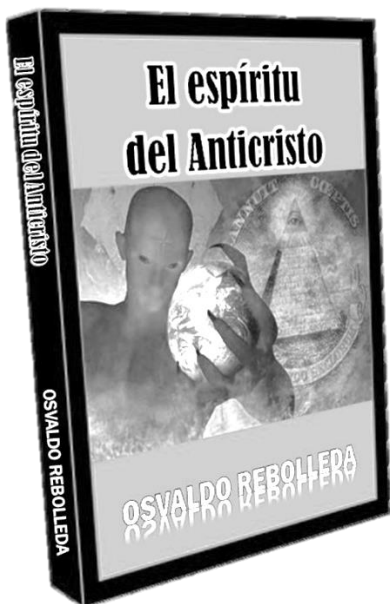
www.osvaldorebolleda.com



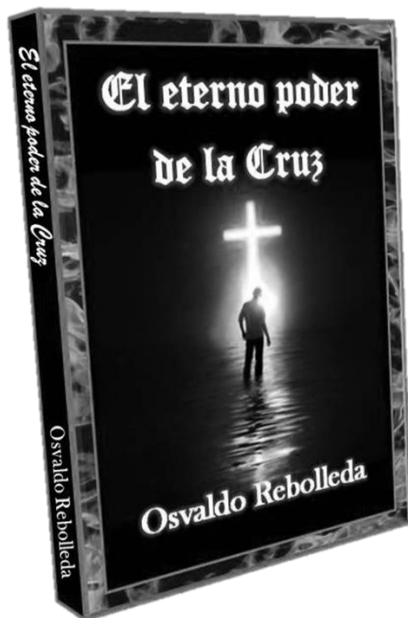
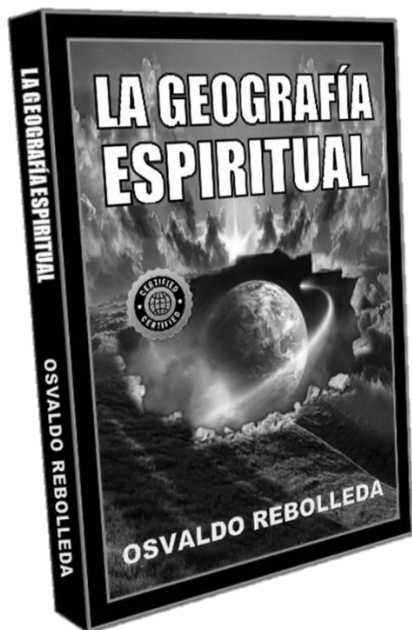


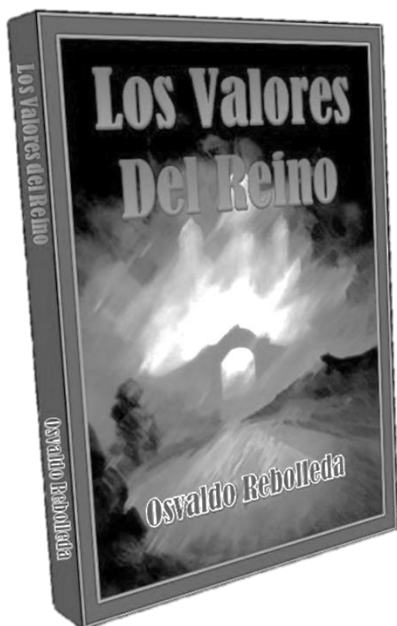
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com

